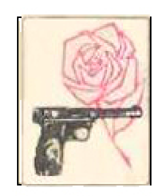


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Espías de guante blanco

¡Alarma en la CIA! A la Central llega un mensaje exigiendo cien millones de dólares a pagar en billetes y en determinadas condiciones. Si la CIA no paga «alguien» publicará en diversos medios informativos de ámbito mundial (prensa, radio, TV, revistas…) los nombres de más de trescientos de sus colaboradores. Y no unos colaboradores cualquiera, sino muy especiales, personajes importantísimos de todo el mundo… Lo que podríamos llamar «Espías de guante blanco». He aquí el nombre de uno de esos espías que aparece en la lista: Brigitte Montfort. Y lo más chocante es que alguien está diciendo la verdad sin saberlo. Menos mal que este espionaje es de guante blanco…



Lou Carrigan

Espías de guante blanco

Brigitte en acción - 374

ePub r1.1
Titivillus 27.11.2017

Lou Carrigan, 1985
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Preludio en Marsella

Leonard Karr era agente de la CIA, y estaba destinado en Marsella desde hacía más de dos años. En este tiempo, inevitablemente, y por mucho que uno pretenda vivir sin relacionarse demasiado, incluso puede hacer amigos.

Amigos ocasionales, por supuesto; gente agradable, que todavía queda en el mundo, aunque sea en reducida cantidad. Por ejemplo, Pierre, el propietario de la cafetería que estaba en los bajos del edificio donde Karr tenía su apartamento. Pierre, a sus cincuenta y tantos años, era el clásico francés entre bonachón y malicioso que gustaba de comer y beber bien y de contar chistes picarescos. Gracias a Pierre, Lee Karr conocía un montón de chistes y había aprendido a comer bastante decorosamente y a elegir un vino adecuado.

Que no es poco.

Aquella noche, después de cenar por ahí según costumbre, Karr estaba acodado a la barra del café de Pierre, tomando un café solo y escuchando el ultimo chiste. El día había sido aburrido, y un buen par de chistes podían levantar el ánimo antes de retirarse a descansar de no haberse cansado.

—… y entonces la dama le dijo al marido: bueno, la cosa está clara, querido, me parece a mí; si tú no puedes tener hijos y yo estoy embarazada, se trata de un milagro. ¡Y tú que no creías en los milagros!

Leo Karr sonrió, pero no rió como otras veces. Pierre se quedó mirándolo, y por fin movió la cabeza y dijo:

—Éste no es muy bueno, ¿verdad?

—Francamente, no, Pierre.

—Bueno, mañana le contaré alguno mejor, ¿otro café?

—No, gracias.

—Bueno.

Pierre se alejó, para atender a otro cliente. Y Leo Karr volvió a mirar, por medio del espejo que tenía delante y un poco a la derecha, entre los anaqueles de botellas, a la muchacha que había entrado poco después que él, y que no había dejado de mirarlo.

Podía ser una casualidad, podía ser una prostituta buscando trabajo para aquella noche, podía ser una chica liberada que estuviese buscando un amigo ocasional… A decir verdad, no parecía en absoluto una prostituta, y era muy bonita.

La idea de una noche de sexo comenzó a tomar consistencia en la mente de Karr cuando vio que la muchacha abandonaba su mesa y acudía al mostrador. Se sentó junto a él, y le sonrió.

—Hola, ¿qué tal? —saludó—. Me llamo Heléne.

—Hola, muy bien —sonrió Karr—. Me llamo Leonard. Soy americano.

—Sí, lo sé —rió ella—. Y además, aunque habla muy bien el francés, se le nota.

—¿Sabía usted que soy americano? ¿Me conoce?

—Alguien me lo señaló, señor Karr. ¿Cómo van las cosas de la CIA?

Karr se quedó mirando fijamente a la muchacha, apretados los labios. Luego, de pronto, sonrió. Tal vez la noche pudiera presentar diversiones más emocionantes que una simple sesión de sexo.

—Las cosas de la CIA van como siempre. ¿Quizás está buscando alguna información en particular?

Heléne se echó a reír.

—Es usted simpático, señor Karr —aseguré—. Y además, tiene sangre fría.

—Eso no tiene tanto mérito. Es una cuestión de costumbre y veteranía. Sería diferente si usted hubiera llegado amenazándome con un arma, pero su actitud indica que quiere conversar amigablemente… ¿Me equivoco?

—En absoluto, señor Karr.

—Bien, pues conversemos. Presiento que desea usted algo de mí. ¿Algún secretillo, alguna información interesante?

—No, no —volvió a reír Heléne—. En realidad, señor Karr, soy yo quien va a pasarle una importantísima información a usted.

Capítulo primero

Desde la ventana de su despacho en el edificio de la CIA en Langley, *Mr*. Cavanagh, jefe del Grupo de Acción, estuvo mirando el helicóptero mientras pudo, hasta que parte del propio edificio se lo ocultó al tomar tierra en la zona de césped.

Sabía perfectamente quien llegaba en aquel helicóptero, así que, siempre evidenciando su ligera cojera, fue a sentarse ante su mesa, encendió un cigarrillo, y se dispuso a esperar. No tuvo que hacerlo más de cinco minutos. Cuando la luz se encendió sobre el dintel de la puerta de su despacho, apretó uno de los botones del tablero de mandos de su mesa, y se puso en pie.

La puerta se abrió, y entró su visitante, hacia la que Cavanagh acudió, como siempre, con la mano tendida. Y, como siempre también, ella pareció no ver aquella mano, le puso las manos en los hombros, y lo besó en ambas mejillas, cariñosamente.

—¿Cómo está mi más antiguo y querido Simón? —preguntó.

—Bien —sonrió Cavanagh—. A usted ni se lo pregunto: cada día está más hermosa y más joven.

—¡Gracias! —rió Brigitte Montfort—. Pero cuando a una mujer empiezan a decirle que cada día está más joven es que se va haciendo mayor, ¿no le parece?

—No en su caso. —Cavanagh la tomó de un brazo, la llevó hacia el confortable sofá, y se sentaron ambos, uno junto a otro—. De verdad, Brigitte: se diría que el tiempo corre a la inversa, para usted.

—Eso me hace temer que cualquier día despertaré convertida en una niña en lugar de en una anciana.

—¿Eso es de temer? —se sorprendió Cavanagh.

—Bueno, francamente, la idea de una niña que tiene vivencias acumuladas durante setenta u ochenta años entre ida y vuelta en el tiempo me parece horrible. ¿Se imagina usted una niña que tenga

las experiencias de una persona de ochenta años?

—Horrible —tuvo que admitir Cavanagh—… Sobre todo, si esas experiencias correspondieran a una vida como la de usted.

—Mi vida no es tan mala —protestó Brigitte.

Cavanagh se quedó mirándola. ¿Hermosa? El término era pobre para definir a Brigitte Montfort. Incluso decir de ella que era divina quedaba un tanto escaso. Era, ciertamente, muy hermosa, con su rostro de líneas un tanto acusadas, de grandes ojos azules, la boca sonrosada, la hendidura vertical en la barbilla: un rostro perfecto rodeado de una espléndida mata de negros cabellos. Y todo ello, en un cuerpo esbelto, flexible, de líneas armoniosas… Pero había algo más, algo que estaba más dentro que fuera de Brigitte, como si su belleza fuese más una cuestión interior que simple forma exterior física. Un algo de inteligencia, dulzura y bondad en sus ojos, en sus gestos, en toda ella.

Pese a lo cual, la señorita Montfort podía ser, en determinados momentos, una máquina de matar. Como la agente N. Y. 7117 de la CIA, conocida en todo el mundo del espionaje con el sobrenombre secreto de «Baby», la señorita Montfort había exterminado sin piedad alguna a muchas alimañas pretendidamente humanas que, en su momento, habían tenido sueños de grandeza y de maldad.

Y seguiría haciéndolo.

—Bien —dijo por fin Cavanagh—, no es que sea mala en sí, sino que en ocasiones no lo ha pasado nada bien. Y en definitiva, ha llegado a conocer usted tanta maldad que eso debe de ocasionarle una… cierta infelicidad muy profunda. ¿Me equivoco?

—No demasiado. Pero prefiero seguir pensando que la gente es buena y que merece mi ayuda a consumirme de rencor y miedo recordando las muchas maldades que he conocido.

—Ésa es una inteligente actitud. ¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias.

Brigitte encendió el cigarrillo, estuvo unos segundos fumando en silencio, y, de pronto, preguntó:

—¿Me ha hecho venir aquí para filosofar?

—No. Eso ya lo hacemos cuando la visito en Nueva York… Ha ocurrido algo sumamente extraño en Europa. En Marsella, concretamente. No, no se preocupe, no han matado a ninguno de sus queridos Simones. Por el contrario, a uno de ellos le han

facilitado una información interesantísima.

—¿Qué información?

Cavanagh se puso en pie, fue a su mesa, y tomó una carpeta roja. Volvió a sentarse junto a Brigitte, abrió la carpeta, y sacó varias fotografías de un hombre, que tendió a Brigitte.

—Se llama Leonard Karr, y está en Marsella hace dos años y pico, como residente. Es un agente eficaz, pero corriente. Nada del otro mundo, no importa que usted conozca su nombre verdadero, porque ya ha sido detectado por las personas que han entrado en contacto con él; bueno, de momento una sola persona. Karr no pudo tomarle una microfoto siquiera, pero dictó su rostro a nuestro dibujante de París, cuando fue allá a llevar un sobre para que éste fuese cursado a la Central por vía de máxima urgencia. Éste es el rostro que dictó Karr.

Brigitte tomó la cartulina. El retrato-robot correspondía a una mujer muy bonita, de grandes ojos que se indicaba eran castaños. También el cabello era castaño. Asimismo se indicaba su estatura, peso aproximado, y que tenía un cuerpo espléndido. El nombre que la muchacha había dado a Karr también constaba: Heléne.

Brigitte devolvió la foto-robot.

Cavanagh le tendió un sobre.

—Éste es el sobre. Vea su contenido.

Brigitte sacó unos cuantos folios mecanografiados. Comenzó a leer, un tanto sorprendida. Pasó rápidamente los folios, que contenían todos lo mismo: nombres de personas, de diferentes nacionalidades. Había nombres ingleses, alemanes, italianos, españoles, griegos, franceses, holandeses, suecos…

—Según parece, todos son nombres de personas —dijo—. ¿Debo aprendérmelos de memoria?

—No, por favor, qué barbaridad. Sé que podría hacerlo, pero no vale la pena. Estos nombres no significan nada para nosotros.

—¿Para la CIA, quiere decir?

—Claro. Quizás haya observado, sin embargo, que algunos nombres son de personas de cierta relevancia en Europa.

—Sí, creo haber visto el nombre de algún político y de algún militar.

—También hay nombres de grandes industriales, financieros, escritores… Y aunque la mayoría son europeos, también hay

algunos nombres norteamericanos de personas importantes. El total de nombres contenidos en esta lista es de trescientos cuarenta y dos. La señorita Heléne los ha valorado en cien millones de dólares.

—No comprendo.

—La señorita Heléne fue muy explícita al respecto en su conversación con Leonard Karr: si la CIA no le entrega cien millones de dólares, ella y ciertos amigos suyos se van a encargar de que esta lista sea divulgada en todo el mundo por medio de la prensa y la televisión; y por supuesto, la radio.

—¿Y pretende que le paguemos para que no haga eso?

—Exactamente.

—¡Qué cosa tan absurda!

—No tanto. Heléne dice que todas estas personas son colaboradoras de la CIA en toda Europa y en los mismísimos Estados Unidos. Comprenda: personas importantísimas que están trabajando para la CIA. Eso es lo que dice Heléne.

—¿Y no es cierto?

—No, no lo es. En absoluto. Bueno, en absoluto, no. Hay una sola excepción. En esta lista aparece el nombre de una sola persona que sí trabaja para la CIA.

—¿Cuál nombre?

—El de usted.

Brigitte quedo como petrificada. Luego, parpadeó, y pasó los folios. Los nombres estaban escritos por orden alfabético, y junto a cada uno constaba su nacionalidad y lugar le residencia. Allí estaba ella: Montfort, Brigitte Bierrenbach - USA, New York.

—¿Han encontrado nuestros analistas alguna explicación a esto? —musitó.

—Por el memento, estas listas no han sido cursadas para su análisis, digamos que son secretas dentro de la CIA. Lo que sí me he encargado personalmente de averiguar es qué había de cierto en ellas. No hay nada, solamente usted, de entre esas trescientas cuarenta y dos personas, trabaja para la CIA. Absolutamente nadie más, se lo aseguro. Y por supuesto, pienso retener estas listas hasta que encontremos una explicación. Por su seguridad, Brigitte.

—Sí, comprendo. Es decir, no, no comprendo nada. Esto no tiene sentido…, aparentemente.

—Algún sentido debe de tener, ¿no?

—Claro.

—Si usted no estuviera en esa lista no habríamos hecho caso alguno a la petición de Heléne. Seguramente, la hubiéramos archivado como algo… curioso e intrigante, a la espera de alguna posible explicación. Pero la CIA no está dispuesta a permitir que su nombre sea mencionado en esa actividad.

—¿Quiere decir que están dispuestos a pagar cien millones de dólares por mí? —sonrió Brigitte.

—Y más, si es necesario.

—Es una tontería. No se me ocurre qué pretende esta gente, pero puesto que no es cierto que estas trescientas y pico de personas trabajan para la CIA, lo mismo pensarían de mí.

—Tal vez fuese así, pero nos preocupa que la mencionen. Nos preguntamos si saben la verdad sobre usted, y en ese caso, cómo la han averiguado. Y si saben la verdad sobre usted, nos gustaría saber por qué la han puesto en una lista de personas que NO trabajan para la CIA. Y, en definitiva, en la Dirección nos estamos preguntando qué es lo que pretenden esas personas enviándonos una lista de personas que NO trabajan para nosotros, con la sola excepción de usted.

—Evidentemente, pretenden dinero. Cien millones no es una cantidad despreciable. En mi opinión, han seleccionado estos nombres entre las personas más significadas de Europa y Estados Unidos, los que les ha parecido mejor, y han lanzado esta bravata.

—¿Y con un plan tan estúpido pretenden cobrar cien millones de dólares? ¿Son idiotas…, o creen que lo somos nosotros?

—Nosotros no somos idiotas —sonrió de nuevo Brigitte—… Y me resisto a creer que esto sea cosa de unos idiotas. No… Ha de haber algo más. Detrás de esto hay otra cosa, éste tiene que ser el primer paso para algo más importante y más lógico. Yo diría… que están esperando nuestra reacción.

—¿Para qué? ¿Que pretenden exactamente? ¿Y qué reacción esperan?

—Apostaría cualquier cosa —sonrió fríamente Brigitte Baby Montfort— a que hay algo relacionado con esta lista que ellos NO esperan de ninguna manera.

* * *

Hacia las diez de la mañana del día siguiente, esto es, veinticuatro horas más tarde, la señorita Brigitte Montfort, famosa periodista americana llegaba al aeropuerto de Marsella, procedente de París, en un vuelo regular de la Air France.

Sin problema alguno fue a recoger su equipaje, una sola maleta, mientras en todo momento llevaba personalmente el gracioso maletín rejo con florecillas azules estampadas; dentro del cual, entre muchas otras cosas a cuál más interesante, estaba la pistola de cachas de madreperla, en el doble fondo forrado de material aislante para eludir cualquier sistema de detección convencional en los aeropuertos. Un invento más del querido Mc Gee, jefe de la Sección de Armas Especiales de la CIA.

Ya con sus cosas, la señorita Montfort alquiló un coche en el aeropuerto, un Mercedes 220, y partió en dirección a Marsella. Pero, apenas estuvo a un par de kilómetros del aeropuerto, detuvo el coche, sacó del maletín lo que parecía una pequeña radio de pilas, y pulsó de modo especial el selector de emisoras. No sonó música, ni noticias, ni programa alguno de radio.

Sonó la voz de un hombre:

—¿Sí? ¿Quién es?

—He llegado, Simón.

—Bien venida. ¿Ha tenido buen viaje?

—Precipitado, pero perfecto, gracias. ¿Ha concertado la entrevista con Heléne?

—Sí.

—¿Dónde y cuándo?

—Esta misma tarde, en Marsella, frente a la Basílica de Notre Dame de la Garde. ¿Sabe dónde está?

—Sí. Conozco Marsella bastante bien. ¿La hora?

—Las ocho y media. ¿Podrá identificar a Heléne?

—Si ella no piensa hacer lo mismo que yo, sí —sonrió la espía internacional—. ¿Ella estará sola?

—Sí, sí. Y quiere que el representante de la CIA también vaya solo. No le he dicho que se trata de una mujer… Me pareció lo más seguro para usted, por si esperan a un hombre.

—No creo que se trate de ninguna trampa. Quieren cien millones de dólares, no matar a un enviado de la CIA.

—Sí, eso parece. De todos modos estaré cerca de usted por si…

—Nada de eso, señor Karr.

Hubo unos segundos de silencio por parte de Simón, que, por fin, murmuró:

—Entiendo. Como estoy identificado y localizado, usted quiere que me esfume.

—Así es. Pero no hace falta que se vaya demasiado lejos. Todo lo más, al límite del alcance de nuestras radios, por si fuese necesaria su presencia o mediación en determinado momento. A. fin de cuentas, le eligieron a usted inicialmente.

—Sí, como chico de los recados —gruñó Karr—. Bueno, no saben lo que se les viene encima.

—Todo un terremoto[1] —sonrió Brigitte—. Bien, busque un escondrijo adecuado y espere allí. Simón: no se complique la vida.

—Descuide. Yo haré sólo lo que usted mande.

—Gracias de nuevo. Y adiós.

—Tenga cuidado.

Sonriendo de nuevo, Brigitte cortó la comunicación, guardó la radio en el maletín, y prosiguió apaciblemente su viaje hacia Marsella.

Olía a primavera.

Capítulo II

A las ocho y media y dos o tres minutos la anciana salió de la Basílica, apoyándose al caminar en su bastón con empuñadura de plata.

Heléne, que esperaba frente a la gran entrada de Notre Dame de la Garde, la vio, y la miró con sonriente curiosidad, casi divertida. Aunque, a decir verdad, era una dama notable, con sus blancos cabellos, su severo vestido negro, su caminar señorial pese a ciertos titubeos… Llevaba unas gafas de cristales redondos, y Heléne parpadeó cuando en ellos se reflejó la luz hacia ella al mirarla la anciana.

—¿Heléne? —preguntó la dama del bastón.

La bella Heléne quedó un instante sin habla. Luego, tras no poder contener un gesto de sorpresa en su rostro, murmuró:

—¿Es usted la persona que mencionó el señor Karr?

—Así es.

—Santo Dios… ¡No esperaba nada semejante!

—No creo que haya para tanta sorpresa, querida. La CIA dispone de personal de toda clase… Usted sabe bien esto, ¿verdad? Su lista es de lo más impresionante. Pero falsa.

—¿Falsa? —rió Heléne.

—Tanto como un billete de tres dólares y doce centavos. Y francamente, jovencita, pedir cien millones de dólares por una lista como ésa, que es falsa, nos tiene muy desconcertados.

—¿Y si no fuera falsa?

—Lo es.

—¿Está segura? —rió de nuevo Heléne.

A través de los redondos cristales, Brigitte Montfort se quedó mirando fijamente a Heléne. Muy bonita. Simpática, agradable.

Y aunque, desde luego, no parecía ni mucho menos un cerebro de primera categoría digno de enfrentarse al suyo, tampoco parecía

una cretina. Ni tan siquiera un poco tonta.

—Bueno —sonrió de pronto a su vez—, eso me dijeron antes de salir de Estados Unidos: que la lista es falsa. Y por lo menos sé con toda seguridad de un caso que lo es. Oiga, ¿tiene usted coche?

—Un pequeño Volkswagen. ¿Por qué?

—Me pregunto si va a tener de pie todo el tiempo a una pobre anciana. ¡Y no me hable de pasear, se lo suplico!

—De acuerdo. Daremos un paseo en coche. ¿Quiere que la ayude?

—¿A qué?

—A caminar.

—¡Caramba, tampoco soy una inválida! —Refunfuñó la anciana —. Aunque mal, y no mucho rato, puedo caminar solita. Oiga, no le han enviado a usted a ninguna inválida, ¿sabe?

—Vamos, no se enfade —volvió a reír Heléne—. Mi intención era buena. Y no sólo no me parece usted una inválida, sino que presiento que tiene una inteligencia formidable.

—Algo hay que tener, a mis años… ¡Oh, Dios mío, me he olvidado el maletín ahí dentro!

—Si me dice dónde lo…

—No, no, yo misma iré a por él. No se vaya, ¿eh?

Tris-tras, tris-tras, con su pasito menudo y vacilante la anciana volvió al interior de la basílica, de donde salió medio minuto más tarde, con su maletín, un curioso adminículo que Heléne miró con curiosidad.

—¿Qué lleva ahí dentro? —preguntó.

—Bombas de mano y venenos. Cosas así.

De nuevo rió Heléne. Sí, era simpática. La anciana echó a andar, mirando de reojo hacia donde había visto antes a un hombre que al parecer, sentía interés por ellas. El hombre ya no estaba. Al menos, a la vista. Sin duda, la anciana se había equivocado, lo cual es disculpable; a todos nos ocurre alguna vez.

Un par de minutos más tarde ambas estaban acomodadas en el Volkswagen de Heléne, que lo puso en marcha, maniobró, y se dirigió hacia Rue de Vauvenargues.

—De modo —dijo festivamente Heléne— que la lista es falsa.

—Repito: eso me dijeron en Langley. Y personalmente, con toda seguridad, sé que una de esas personas que ustedes mencionan no

tiene nada que ver con el espionaje.
—¿Qué persona es esa?
—Brigitte Montfort. ¡La conozco muy bien, pobre criatura! ¡Menudo susto se llevaría si supiera lo que está pasando!
—No pasará nada si ustedes pagan, señora… ¿Cómo debo llamarla?
—Annette. Annette, a secas, aunque soy Duquesa de Montpelier.
—¡No me diga! —rió divertidísima Heléne—. ¡Pero si usted es americana, no puede ser una duquesa francesa!
—Querida, hay tantas cosas raras en la vida… Por ejemplo, su lista. Oh, y volviendo a Brigitte, a la que conozco muy bien… ¿Cómo se les ocurrió incluirla en la lista? ¿Por qué ella?
—Es un personaje internacional, ¿no es cierto? Premio Pulitzer de Periodismo, fue reina de Atlantic Kingdom, hace poco fue nominada por un delirante partido político para la presidencia de Estados Unidos… Merece estar en esa lista.
—Como importante, tal vez. Pero no como espía.
—¿Está usted segura de que ella no es una espía?
—Segurísima.
—Pues se equivoca. Lo es.
—Entonces, saben ustedes de ella más que yo. Bueno, dígame por qué está tan segura de que Brigitte es una espía. ¿Cómo lo supo?
—Nos lo dijo la persona que nos ayudó a confeccionar toda la lista.
—¿Quién es esa persona?
—Un directivo de la CIA.
—¿Está bromeando?
—En absoluto.
—¿Pretende hacerme creer que un alto personaje de la CIA les ha facilitado a ustedes una lista de trescientas cuarenta y dos personas que están al servicio de la CIA?
—Exactamente.
—¿Y esa persona mencionó a Brigitte Montfort? ¿A Brigitte Bierrenbach Montfort, está segura?
—Por completo.
—Bien… ¿Qué más les dijo sobre la pobre Brigitte?
—¿Qué más? Nada más. Simplemente, la incluyó en la lista.

—¿Sin más comentarios?

—Claro. Sin más comentarios.

—Ya. Bueno, Heléne, hablemos en serio ahora. Mire, querida, todo eso es falso. Empezando por las actividades de Brigitte como espía, pobre niña mía, y terminando con el asunto de un directivo de la CIA que les ha facilitado la lista. Ahora, dígame cuál es el final del juego, y es posible que lleguemos a un razonable entendimiento.

—El juego ya lo conoce, señora. Queremos cien millones de dólares o haremos pública esa lista. Usted dice que es falsa, ¿no? Pues escúcheme a mí… Tenemos al directivo de la CIA, el cual, a cambio de veinticinco millones de dólares, a cobrar cuando ustedes paguen, nos la facilitó. Tenemos un periodista muy famoso, que colabora con las más importantes revistas europeas y americanas, que escribirá un artículo sobre espionaje incluyendo esa lista de trescientas cuarenta y dos personas, artículo que, naturalmente, será publicado simultáneamente en América y Europa. Tenemos unos contactos ya concretos con tres emisoras de televisión europeas y dos americanas en las cuales será entrevistado nuestro periodista y nuestro informante de la CIA, como golpe final. Golpe que, por supuesto, consistiría en la repetición una y otra vez de los nombres de esa lista… ¿Me ha entendido bien?

—Sí. En cuanto al periodista, a las revistas, a las cadenas o emisoras de televisión, nada que objetar. Todo es posible. Pero… ¿tengo que creer que el traidor de la CIA aparecerá en televisión?

—Aparecerá si ustedes no pagan.

—Pues debe de estar loco. Porque si aparece es que no hemos pagado; si no hemos pagado no cobrará sus veinticinco millones de dólares; si no cobra sus veinticinco millones de dólares, habrá cometido traición por nada. Y finalmente, aparte de las muchas… dificultades que aparecerán en su vida, quedará como un cretino, ya que ninguna de esas personas trabaja para la CIA. ¿Me ha entendido bien?

—Es usted quien no está entendiendo. ¿Cómo espera la CIA convencer al mundo entero de que la señorita Montfort y todas las demás personas de esa lista no son colaboradores suyos? Por mucho que la CIA y esas personas griten y juren que no es cierto, nadie les creerá.

—Vaya… ¡Así que por fin hemos llegado al fondo del asunto!

¡Hacer un chantaje basado en una mentira que puede perjudicar a muchísimas personas!

—Y eso no sería todo.

—¿No? ¿Qué más habría?

—Un perjuicio tremendo para la CIA.

—¿Qué clase de perjuicio, aparte de ser acusada de tener sobornada a media Europa?

—De momento, esa arma me la reservo. Pero sería lo peor que le podría ocurrir a la CIA.

—Lo peor que le podría ocurrir a la CIA —musito la anciana—… No se me ocurre.

—Ni se le ocurrirá. Está demasiado bien buscado, demasiado bien elaborado para una simple agente como usted, por lista que sea. Si la CIA no paga, tendrá que sufrir las consecuencias de haber sobornado a los más importantes personajes de Europa y Estados Unidos, y, además, recibirá acto seguido un golpe del que tardará años y años en reponerse.

—Querida, ¡me está usted asustando!

—Búrlese si quiere, pero así están las cosas. De modo que terminemos la entrevista. ¿Van a pagar o no?

—Una última pregunta. ¿Quién es el traidor de la CIA, la persona que les ha facilitado la lista?

—¿De verdad espera que se lo diga? —exclamó Heléne.

—No perdía nada probando. Bien, tendré que consultar antes de darle una respuesta, Heléne. Espero que le comprenda.

—Por supuesto. Dígame adónde puedo llamarla y cuándo debo hacerlo.

—¿Le parece prudente por mi parte?

—Vamos, no sea absurda. Estamos haciendo espionaje de guante blanco, ¿no se da cuenta? Mire, podríamos haber vendido la lista a los rusos, por ejemplo, y seguro que nos la habrían pagado muy bien Quizás, incluso nos habrían pagado más de cien millones de dólares…

—No diga tonterías, jovencita. En primer lugar, los rusos no son tontos, y en segundo lugar, como la CIA misma, son unos tacaños. Me parece que usted es de las que cree que los espías andan por ahí sobre montañas de oro. Nada más lejos de la realidad. Y pedir cien millones de dólares ya refleja su desconocimiento de estas cosas.

—Sin embargo, usted está aquí, lo que significa que la CIA está considerando la situación, y por tanto la posibilidad de pagar… ¿No es así?

—Quizás al final no les demos ni un centavo. Me estoy preguntando ahora si serían capaces de hacer todo lo que ha dicho.

—Si dentro de una semana como máximo no han pagado los cien millones, la convenceremos de que somos capaces.

—Una semana. Y se terminará el espionaje de guante blanco.

—Exactamente. ¿Cuándo quiere que la llame y adónde?

—Sería mejor que yo la llamara a usted.

—Claro que no —rió una vez más Heléne—. Lo haremos como con el señor Karr, o sea, que soy yo quien les tiene localizados a ustedes.

—Está bien. Podrá encontrarme en el Hotel Placide, en el Boulevard des Dames. Ocupo la habitación 9, con el nombre de Annette Simonet, de París.

—Realmente es usted formidable. ¡Pero si hasta parece que de verdad sea francesa, y de la mismísima París! ¿Dónde quiere que la deje? ¿En su hotel?

—Se lo agradecería muchísimo.

Poco después la anciana se apeaba del coche delante mismo del hotel indicado, tras despedirse de Heléne, que estuvo mirándola hasta que entró en el hotel. Luego, Heléne se fue. La anciana caminó hasta el mostrador de conserjería, donde el empleado la recibió con amabilísima sonrisa.

—Buenas noches, *Madame*.

—Buenas noches. ¿Me da mi llave?

—¡Cómo no, *Madame*! —El empleado la recogió del casillero y se la entregó—. ¿Ha sido agradable la cena y el paseo, *Madame*?

—Mucho, mucho. Es usted muy atento, gracias.

—Estaré encantado de servirla, *Madame*. Esto no es París, pero nos gustaría que se sintiera usted como en su casa.

—¡Qué amable! Y además, es usted muy guapo. ¿Está casado?

—Oh, sí, *Madame*, por supuesto —rió el hombre.

—Lástima —guiñó la anciana un ojo—. ¿Sabe?: yo soy viuda.

El hombre se echó a reír francamente, y la anciana, riendo, se dirigió hacia el ascensor, cuya puerta le abrió un botones, solícitamente.

—¿La acompaño, *Madame*? —se ofreció.

—Claro que no, jovencito. Soy vieja, pero no ciega. ¿Usted también está casado?

—Pues… no, *Madame*. Prefiero vivir a mi antojo.

—Dios bendito… ¡Adónde iremos a parar!

Se metió en el ascensor y pulsó el botón del primer piso.

El botones se acercó al mostrador.

—Es graciosa, la anciana, pero tacaña.

—Es una dama —dijo el conserje.

—¿Y las damas no son aficionadas a dar propinas?

—Una dama como esa no necesita dar propinas para ser bien atendida, Jules. Tiene clase, ¿comprendes?

—Quizá. Pero yo prefiero a la británica. ¡Cómo está de buena, *sacré*!

—Ahora comprendo por qué todavía no te has ido. Estás esperando a ver si la ves regresar, para recrearte la vista.

—¡Le metería un polvo…! O diez.

—Olvídalo. No es como *Madame*, pero está fuera de tu alcance. Seguro que está por ahí con cualquier tipo importante… ¿Conoces a ese que acaba de entrar? Que yo sepa, no está alojado aquí.

Jules se volvió discretamente, y miró al hombre, que se dirigió al sofá del vestíbulo, tomó un periódico, y se sentó. Era un hombre impresionante, alto, rubio, atlético, de unos treinta y cinco años. Ojos grises, alargados, mentón sólido. Vestía correctamente, corbata incluida, un traje de color crema.

—No, no le conozco.

—Bueno, debe de estar esperando a alguien —se echó a reír el conserje—… ¡A lo mejor a la británica! Sí, yo creo que haría muy buena pareja con la señorita Tisdale.

—Lo que tienes tú son ganas de tocarme las narices.

La conversación prosiguió, más o menos en los mismos términos, durante tres o cuatro minutos, hasta que, de pronto, el botones puso tal cara de pasmo que el conserje se vio obligado a mirar en la misma dirección. Se quedó igualmente pasmado, al ver bajar por la escalinata a la británica señorita Nora Tisdale, que se acercó al mostrador, sonriente.

—¿Me da mi llave, por favor?

—Sí… Enseguida, señorita Tisdale.

El botones estaba embobado. ¡Aquella era una mujer como para morir por ella! Alta, rubia, de ojos verdes, preciosa, con un cuerpo que era una maravilla. Había llegado aquella tarde, poco después de salir la anciana *Madame* (que por cierto había llegado por la mañana), y después de dejar sus cosas en la habitación 11, había salido. Y todavía no había vuelto. Pero si no había vuelto… ¿cómo era posible que estuviera dentro del hotel?

—¿Ocurre algo? —Miró intrigada *Miss* Tisdale al botones—. ¡Parece que haya visto usted un fantasma!

—No… No, no. Es que… creíamos que estaba usted fuera, señorita Tisdale.

—Y lo estaba. Pero hace unos minutos entré.

—Pu-pues no… no la vimos…

—Estarían distraídos. Entré, subí, y cuando ye estaba arriba me di cuenta de que me había olvidado de pedir la llave. Gracias —la mostró ahora—… Ya podré entrar en mi habitación. Buenas noches.

—Buenas noches.

La señorita Tisdale, pasaporte británico y belleza internacional, se dirigió hacia las escaleras, desdeñando el ascensor, moviendo las caderas y balanceando su bolso. En el momento en que ella comenzaba a subir, el hombre rubio e impresionante se metía en el ascensor, sin que ni el conserje ni el botones le hicieran el menor caso.

El ascensor llegó al primer piso tres o cuatro segundos antes de que lo hiciera la señorita Tisdale. El hombre salió, cerró las puertas mientras Nora Tisdale pasaba por detrás de él, y girando caminó tras ella. La señorita Tisdale se detuvo ante la puerta once, y metió la mano en el bolso, donde había metido la llave antes.

El hombre se colocó junto a ella, con la mano derecha dentro del bolsillo de la chaqueta. Ella le miró, todavía con la mano dentro del bolso.

—Tómeselo con calma —dijo el hombre, suavemente—. Tengo una pistola en la mano, pero nada va a pasarle si es razonable.

Capítulo III

—¿Quién es usted? —murmuró la rubia de ojos verdes—. ¿Qué pretende?

—Hablar con usted, nada más.

—¿Sobre qué?

—Hablaremos dentro, si no le importa. Para su buena información, le repito que tengo una pistola en la mano.

—Información por información —sonrió la rubia—: yo también tengo una pistola en la mano, señor. Y le estoy apuntando al vientre desde dentro del bolso. ¿Quiere verla?

El hombre parpadeó. Luego, sonrió.

—Me gustaría verla, sí.

Nora Tisdale sacó la mano del bolso, mostrando en efecto la pequeña pistola, que en todo momento mantuvo en la posición adecuada para que no dejase de apuntar al hombre, ahora al rostro.

—Complacido, señor. ¿Y ahora?

—Insisto en que conversemos.

—Pues se da el caso de que no me gusta conversar con alguien que me está amenazando; y supongo que a usted tampoco le gusta.

—A mí no me preocupa demasiado —volvió a sonreír el hombre —. Y a decir verdad no la estoy apuntando. Lo he dicho sólo para que usted se asustara tanto que entrara sin rechistar. Es una de las pocas veces que me he equivocado en mi vida. ¿Puedo mostrarle mi mano vacía?

—Hágalo —entornó los ojos la rubia.

El hombre sacó la mano, vacía, y en su bolsillo no quedó forma ni peso alguno que indicara la presencia de un arma.

—Sin embargo —dijo el hombre—, sí voy armado, por simple precaución. Llevo una pistola en la axila izquierda.

—Es usted muy peculiar.

—No tanto como usted. ¿Cómo lo ha conseguido con esa

facilidad? Entró en el hotel como una anciana, y en menos de cuatro minutos aparece en el vestíbulo con este aspecto juvenil. Admirable.

—¿Quién es usted?

—Dodó.

—¿Dodó? Ése es el nombre de un pájaro de Madagascar, ya extinto, si mi memoria no falla.

—Sí, así es. Al dodó se le suele llamar comúnmente el pájaro repugnante.

—¿Y usted es un pájaro repugnante? —sonrió Nora Tisdale.

—¿No se lo parezco?

—En absoluto. No tiene nada de repugnante. Y además, por supuesto, no es de Madagascar, sino norteamericano.

—Bueno, usted también es norteamericana.

—Se equivoca: soy británica.

—Claro que no. Es norteamericana. ¿Y sabe una cosa?: empieza a darme vueltas por la cabeza una idea que me parece de lo más descabellado. ¿No será usted, por casualidad, la agente Baby, de la CIA?

—Interesante conversación para un pasillo de hotel —dijo la rubia—. Pase, Dodó.

Guardó la pistola, abrió la puerta, y se apartó. Dodó entró, ella lo hizo detrás, encendió la luz, y cerró la puerta.

—¿Quiere mi pistola? —preguntó Dodó.

—No hace falta.

—Como quiera.

—¿No le sorprende que no quiera su pistola?

—No, en absoluto. Usted ha comprendido ya que mi verdadera intención es conversar, pues si hubiera querido matarla ya lo habría hecho. O lo habría intentado, al menos, sin necesidad alguna de llegar a una situación desfavorable para mí.

—Su agilidad mental me entusiasma. ¿A qué se dedica usted, Dodó?

—Actualmente soy el jefe del servicio secreto destacado en Europa de un país llamado Omistán. Es un país pequeño, que muchas personas ni siquiera han oído mencionar.

—Yo sí. Es un país árabe, en África, gobernado por un hombre honesto e inteligente llamado Omar El Selim.

—Usted es Baby. ¿Cierto?

—Cierto.

—Dios mío… ¡Lo conseguí! No cuando hubiera querido, pero lo conseguí: la he conocido. Aunque no se puede decir que la haya conocido realmente, ya que lleva usted peluca y algún que otro artificio más, ¿verdad?

—Verdad —rió Nora Tisdale—. ¿Cuándo le hubiera gustado a usted conocerme?

—Hace algunos años, cuando yo era un Simón.

La espía internacional se quedó mirando fijamente al hombre que decía llamarse Dodó. Por fin, susurró:

—¿Trabajó usted para la CIA?

—Ya se lo he dicho. Fui uno de esos muchachos a los que usted llama Simón. Pero ya no lo soy.

—¿Por qué dejó la CIA?

El gesto de Dodó se nubló.

—Es muy largo de contar, y no creo que éste sea el momento adecuado.

—Muy bien. ¿Para qué tema de conversación le parece que éste es el momento adecuado?

Nora Tisdale se sentó en una de las butacas de la habitación, señalando la otra a Dodó, pero éste permaneció en pie, fruncido el ceño. Tras unos segundos de silencio, dijo:

—Podríamos hablar de sus relaciones con la bonita muchacha de la Basílica, la que está utilizando el nombre de Heléne Darcy.

—¿No se llama así?

—No lo sé, pero presiento que no. Es francesa, desde luego, pero su nombre puede ser cualquier otro.

—¿La está usted vigilando?

—En efecto.

—¿Y le ayuda a usted en eso otro hombre, que estuvo mirándonos a Heléne y a mí cuando estábamos delante de la Basílica?

—¿Vio usted a mi hombre? —Alzó las cejas Dodó.

—Sólo un instante. Supongo que ahora ese hombre está en pos de Heléne.

—Sí, pero no creo que consiga nada hoy tampoco. Heléne ocupa un apartamento en el 12 de la Rue de Crimée, muy modesto y

discreto, en el que no hay nada importante, y hasta la fecha no ha tenido ninguna clase de contacto… excesivamente preocupante.

—Pero entiendo que ha tenido un contacto que a usted le ha llamado la atención.

—Así es.

—¿Con quién?

—Con un agente de la CIA llamado Leonard Karr.

—¿Y eso no le preocupa a usted? —se interesó la cada vez más sorprendida y admirada Nora Tisdale.

—No, porque lo que Heléne puede ofrecer a la CIA ni mucho menos merecerá el interés de ésta.

—¿Qué puede ofrecer Heléne a la CIA?

—Armas. De lo cual la CIA anda más que sobrada.

—Sin duda. ¿Y cómo sabe usted que Heléne puede ofrecer armas a la CIA?

—Porque ella está en tratos con un hombre llamado Udo Kroll, que actualmente está viviendo en Niza, y que se dedica al tráfico de armas. Interpreto que Heléne trabaja para Udo Kroll.

—Y usted conoce a Udo Kroll.

—Sí.

—Y lo estaba vigilando.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no me gustaría que a Udo Kroll le comprase armas alguien que tuviera intenciones de llevarlas a Omistán. Así que, como Udo Kroll permanece tomando el sol en Niza, y Heléne vino a Marsella, me vine tras ella con un par de buenos amigos. Cuando hizo contacto con Karr me desconcerté primero, y luego comprendí que me estaba equivocando. Pero no del todo, ya que si Heléne trabaja para Kroll, y Kroll vende armas, ella está aquí para vender armas. No a la CIA, por supuesto. Entonces, apareció usted del interior de la Basílica y habló con Heléne.

—Y usted pensó que yo podría ser esa compradora de armas.

—Sí. Podría ser la intermediaria de alguien que a su vez se entendiera con la intermediaria de Kroll. Pero supongo que no es así, que ni Karr quiere comprar armas, ni está pensando hacerlo usted. Pero claro, cuando decidí conversar con usted, yo no sabía que era Baby, ni la relacioné con Karr. Ahora, supongo que Heléne

hizo contacto con Karr, éste avisó a la Central, y el asunto debió de parecer tan importante que la CIA la envió a usted.

Y como no es para comprarle armas a Kroll, me pregunto qué clase de oferta pudo hacerle Heléne a la CIA. Aunque ya, francamente, esto no me interesa demasiado. Mi único interés actual consiste en la seguridad de Omistán, del cual soy súbdito nacionalizado ahora.

—Dios mío, Dodó… ¡Usted no debió abandonar la CIA jamás, es demasiado valioso!

—Muchas gracias, pero así están las cosas. Bien, perdone que la haya molestado, pero ya le he dicho que pensé que era una compradora de armas, una aventurera interesante capaz de pasar de anciana a joven en cuatro minutos. Espero que se haga cargo de mi actitud.

—Sí, sí, naturalmente.

—Gracias de nuevo. Me ha complacido mucho conocerla, Baby Si alguna vez necesita algo de mí, estoy a su disposición. Entiéndalo bien: a disposición de usted, no de la CIA.

—Espere un momento… ¿Se está despidiendo?

—No quiero molestarla más. Supongo que tiene usted trabajo que atender, y la estoy entreteniendo.

—¿Trabajo que atender? ¿Como cuál, por ejemplo?

—Por ejemplo, si lleva usted en su equipaje un receptor de señales, escuchar las que emita el emisor que sin duda ha colocado en el coche de Heléne. Y si no lleva usted personalmente esa clase de equipo receptor se dispondrá sin duda a llamar a sus Simones para que pongan en marcha un receptor con determinada onda que percibirá las señales del emisor colocado en el coche de Heléne, a fin de localizar el lugar al cual ella se ha dirigido, y ver con quién se relaciona e investigar a esas personas. Pero todo lo que se puede saber sobre Heléne por el momento ya se lo he dicho yo, de modo que no vale la pena que se moleste. ¿Se van a meter ustedes con Kroll en Niza?

—Dios bendito… ¡¿Por qué dejó usted la CIA?! ¡Es inadmisible perder a un hombre como usted! ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué nos dejó?

—Pregúnteles a ellos.

—Le estoy preguntando a usted.

—Y yo no quiero contestarle.

—¿Aun sabiendo que soy Baby?

—Precisamente porque es Baby. ¿Puedo complacerla en alguna otra cosa?

—¡Haga el favor de sentarse!

—Como guste.

Dodó se sentó.

Brigitte estaba en verdad impresionada, no ya por el formidable aspecto del rubio y atlético Dodó, sino por su decisión e inteligencia. Era, sin lugar a la menor duda, un hombre absolutamente excepcional, ella sabía distinguirlos.

De pronto, la espía susurró:

—Le hicieron una canallada, ¿no es cierto?

Dodó apretó los labios, y se quedó mirando inexpresivamente sus manos, grandes, fuertes, tostadas por el sol. Por un instante, como en una imagen relampagueante, a Brigitte le pareció que estaba contemplando al mismísimo Número Uno, pero en rubio.

—Está bien —dijo—, no voy a insistir sobre eso. Hábleme de ese Udo Kroll.

Dodó alzó la mirada, tranquila, serena.

—Ya le he dicho todo cuanto se puede decir de él: es un traficante de armas, y Heléne trabaja para él. O con él.

—¿Cuál es la diferencia entre trabajar para él o con él?

—Usted me ha entendido. Trabajar para él significaría que obedece sus órdenes y está buscando compradores de armas. Trabajar con él podría significar que ella representa a otras personas que son las que quieren comprar armas a Kroll, y enviaron a Heléne a negociar esa compra. Puede ser cualquiera de las dos cosas, ya que a quien conozco yo es a Kroll, y a Heléne la conocí cuando comenzó a relacionarse con él. Claro que esa relación puede venir de antiguo y ser empleada suya. Pero también puede ser que ella se relacionase por primera vez con Kroll cuando yo la vi llegar a la villa de él.

—Santo cielo… ¡Usted no tiene un cerebro, tiene una computadora!

—Sólo soy un espía inteligente, como usted. Ni usted ni yo somos máquinas.

—No… No lo somos. Dodó: ¿le gustaría saber por qué yo he

entrado en contacto con Heléne?

—Naturalmente.

—Pues se lo voy a explicar, aunque sin mencionar ningún nombre. Espero que comprenda mi discreción en ese sentido.

—Lo que usted haga estará bien para mí.

Brigitte asintió, y explicó a Dodó todo el asunto, si bien, en efecto, sin mencionar ni uno solo de los nombres que recordaba de la lista, ni, mucho menos, el suyo. Cuando terminó, Dodó estuvo pensativo unos segundos, antes de murmurar:

—Están tramando algo, pero no veo qué relación pueda tener eso con las armas de Udo Kroll.

—Sí, indudablemente están tramando algo.

—¿Qué cosa, por ejemplo?

—No lo sé —sonrió Brigitte.

—Pero estoy seguro de que ha pensado algo al respecto.

—Tal vez. ¿Qué se le ocurre a usted?

—Respecto a esas listas falsas, todo parece una majadería, pero no debe de serlo. Ellos tienen alguna jugada especial. Si ustedes pagan los cien millones de dólares, bien. Si no los pagan, pienso que ellos esperan sacar esa misma cantidad, o seguramente otra inferior, de otro sitio.

—¿Por qué una cantidad inferior?

—Porque si pudieran sacar una cantidad igual o superior en otro sitio no se habrían metido con la CIA. Si lo han hecho es porque tienen todos los triunfos de su parte.

—Aparentemente —sonrió Brigitte-Nora Tisdale.

—Ahora que interviene usted, desde luego: aparentemente. Se la han buscado buena.

—Construyamos una teoría —sonrió de nuevo Brigitte—: ¿podría ser que Heléne y otras personas para las que ella está trabajando quisieran cien millones de dólares para comprarle armas a Udo Kroll?

—Ya lo creo que podría ser.

—Entonces, construyamos otra teoría: ¿qué clase de armamento y con qué destino se podría comprar nada menos que con cien millones de dólares?

—Con cien millones de dólares se pueden comprar armas suficientes para arrasar Omistán… pero, francamente, dudo que

alguien se gaste ese dinero en un país como el mío. No vale la pena. Lo que quiero decir es que con cien millones de dólares en armamento se pueden emprender empresas mayores.

—Efectivamente. ¿Por ejemplo?

—No tengo ni idea. Se puede hacer el mal en tantas partes que no se me ocurre una determinada.

—Hasta ahora estamos de acuerdo en todo. Supongamos ahora que le propongo trabajar conmigo en esto: ¿aceptaría usted, Dodó?

—Con grandísimo placer. Con usted, sí.

—¿Tanta fe tiene en Baby?

—Siempre la respeté, y no dejé de hacerlo por dejar la CIA. Usted es usted, y la CIA es la CIA. Ya me entiende.

—Sí —murmuró Brigitte—, le entiendo. Gracias, Dodó.

—Hace años que no trabajo para nadie, pero dígame qué quiere usted que haga, y lo haré. Lo que sea.

—¿Incluso matar?

—Sí. Lo que usted diga.

—Desentiéndase de Heléne, vuelva a Niza, y no pierda de vista a Kroll. Yo estaré en Niza exactamente dentro de cuarenta y ocho o setenta y dos horas, es decir, que dentro de dos o tres días, a las —miró su relojito de pulsera— nueve y veinte de la noche, nos encontraremos en la Place Mozart por el lado de Rue Rossini. ¿Está de acuerdo?

—Sí.

—Bien… ¿Necesita algo, puedo yo complacerle en algo, o proporcionarle alguna cosa?

—Usted ya no puede hacer más de lo que ha hecho por este pájaro repugnante —sonrió Dodó—: me está tratando como a un Simón, y eso ni lo olvidaré nunca ni se lo agradeceré nunca lo bastante. ¿Puedo marcharme ya?

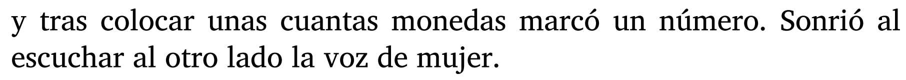
Brigitte se puso en pie, y le tendió la mano.

—Adiós, Dodó.

—Hasta la vista —dijo él, estrechando su mano tras ponerse rápidamente en pie.

Dodó salía del Hotel Placide segundos más tarde, observado ahora con cierta circunspección por el conserje. El botones, que ya había visto a *Miss* Tisdale, la rubia británica, ya se había marchado.

Diez minutos más tarde, Dodó entraba en una cabina telefónica,



y tras colocar unas cuantas monedas marcó un número. Sonrió al escuchar al otro lado la voz de mujer.

—Soy yo, mi amor.

—¿…?

—Estoy bien, no te preocupes. Todo marcha estupendamente.

—¿…?

—Que no, mujer, ningún problema. ¡Todo lo contrario! Es algo tan fantástico que yo mismo me resisto a creerlo…

Capítulo IV

Unas treinta y ocho horas más tarde, alrededor de las once de la mañana, Heléne vio aparecer a la anciana en el Jardin du Pharo, junto a la bocana de salida del Vieux Port, lugar donde habían quedado citadas telefónicamente. Y por un instante, a plena luz del sol, Heléne tuvo la impresión de que la anciana Annette Simonet no caminaba tan torpemente como le había parecido en la primera entrevista.

Luego, cuando la tuvo delante, pensó, también fugazmente, que en los azules ojos no había excesiva expresión de cansancio senil y que relucían con insólita energía tras los redondos cristales de las gafas. Pero, tanto una impresión como otra fueron fugaces, inconsistentes.

Y así, cuando Annette Simonet se detuvo ante ella, Heléne sonrió amistosamente, y con una mano tocó junto a ella en el banco que ocupaba.

—Siéntese, Annette.

—Gracias. Y buenos días, Heléne.

—Sí que lo son. El tiempo empieza a ser agradable. La primavera es hermosa, ¿no le parece?

—Hermosísima. Bueno —suspiró la anciana, tras sentarse—, hablemos de negocios.

—De acuerdo. Aquí podemos charlar con tranquilidad. Por teléfono habría sido demasiado arriesgado. No es un tema apto para oídos de telefonistas y gente así.

—Por supuesto, por supuesto.

—¿Qué dice la CIA?

—Bueno, como usted comprenderá, cien millones de dólares es tanto dinero que…

—¿Se van a poner a regatear?

—No exactamente, pero para soltar esa cantidad queremos un

poquito más de lo que usted ofrece. Y además hay otra cosa: ¿cómo podemos estar seguros de que, aunque nosotros paguemos, no procederán ustedes de todos modos a dar publicidad a esas listas falsas?

—Interesante pregunta…, que estoy preparada para contestar. Veamos… Si ustedes pagan, nosotros nos embolsamos el dinero y desaparecemos, sobre todo, yo, que tengo ya contratados los servicios de cierta clínica donde me cambiarán el rostro lo suficiente para que la CIA jamás pueda identificarme, habida cuenta de que, lógicamente, ni siquiera me llamo Heléne. Así pues, si yo, que soy la única persona que ustedes conocen, desaparezco… ¿con qué se queda la CIA?

—Realmente, con nada. Jamás los encontraríamos.

—Perfecto. Pero supongamos que, después de cobrar, nosotros damos publicidad a esas listas. Para ello, lo primero que tendríamos que hacer es publicar los artículos en ciertas revistas, es decir, que ustedes conocerían a nuestro periodista. Luego, cuando el alto directivo de la CIA apareciera en televisión, naturalmente que lo reconocerían, y no menos naturalmente, irían a por él. Del mismo modo que irían a por el periodista, los directores de las revistas o de cadenas de radio o televisión que hubieran colaborado aunque sólo fuese por sensacionalismo profesional… De un modo u otro, la CIA conseguiría tarde o temprano alguna pista. Y francamente, Annette, eso es lo que menos deseamos nosotros. Preferimos cobrar, quemar las listas, desaparecer, y olvidarnos ya del asunto. ¿La he convencido suficientemente?

—Partiendo de la base de que ustedes son lo bastante inteligentes para obrar así, en efecto, me ha convencido —asintió la anciana—. De acuerdo en eso. Pagaremos, ustedes no hacen nada más, y asunto terminado. Caramba, ¿de veras piensa hacerse la cirugía estética?

—De veras.

—Bueno, querida, espero que no estropeen demasiado su lindo rostro. Y tenga cuidado con los tintes para el cabello: escoja siempre la mejor calidad. En estas cosas no hay que mirar el centavo.

—¡Lo tendré en cuenta! —rió Heléne—. Y además, seré lo bastante rica como para cuidarme muy bien.

—Sí, es verdad, no había pensado en eso… Pero sigamos

hablando de negocios. Como le he dicho antes, queremos un poco más de lo que ofrecen.

—¿Qué más quieren?

—Usted me dijo anteanoche que si no pagábamos, no sólo iban a perjudicar a muchas personas y a la CIA por tenerlas supuestamente sobornadas, sino que disponía de otra arma, que se reservaba, y que podría causar un tremendo perjuicio a la CIA. ¿Fue así?

—Fue así —asintió Heléne.

—Muy bien. Queremos saber qué arma es esa que podría llegar a causarnos tan grave perjuicio. Dígame en qué consiste esa arma, yo acepto el resto de las condiciones…, y cien millones de dólares comenzarán a ser empaquetados para ustedes… ¿Qué le ocurre?

—No esperaba esto —murmuró Heléne.

—Pero ha sucedido. Y espero que admita la lógica de nuestras exigencias en ese aspecto, Heléne. Si pagamos cien millones de dólares queremos obtener el máximo provecho de ellos.

—Sí, sí… Pero ya le digo que no esperaba esto.

—Sólo tiene que decir sí o no.

—Yo no puedo decirlo. ¡No puedo decidir eso!

—¿Quién ha de decidirlo?

—Keyman. Bueno, es el nombre clave de la persona que ha organizado y está dirigiendo toda la operación.

—Sí, comprendo. Keyman… Eso significa, en inglés, el Hombre Llave. Muy adecuado. Bien, consulte con Keyman.

—Lo haré. Volveré a llamarla en cuanto haya…

—Un momento, jovencita —se irritó la anciana—. Yo he estado haciendo docenas de llamadas telefónicas, he tenido que utilizar claves, he molestado a varios puntos de mis compañeros de la CIA para que actuasen de intermediarios de radio, he viajado miles de kilómetros, y estoy aquí, en Marsella, soportando un clima que, aunque ya agradable, sigue siendo demasiado húmedo para mis huesos… Así que nada de dilaciones.

—De todos modos tendrá que quedarse usted para terminar todo el asunto, ¿no?

—Claro que no. En cuanto hayamos llegado a un acuerdo, yo regreso a casa, a tomar el sol en un clima más seco que éste, y será el señor Karr, mi compañero, quien volverá a entenderse con usted en el resto de los detalles, tales como dónde, cuándo y cómo se debe

entregar el dinero, si en oro o en billetes, y, en fin, lo que sea. Mi trabajo habitual en la CIA es de analista, y, cuando conviene, de moderadora, o si lo prefiere, de relaciones públicas, para casos difíciles. Estoy haciendo mi trabajo, y lo estoy haciendo bien, ¿no es cierto?

—Sí, sí.

—Pues entonces, querida, sea tan amable de terminarlo cuanto antes para que pueda volver a mi casa. ¿Le parece mal?

—No, claro que no. Es que tendría que hacer una llamada…

—Hágala.

—Tendrá que esperarme aquí veinte o treinta minutos.

—No hay nada en la vida que me complazca tanto como tomar el sol. Puedo esperar el tiempo que haga falta, si hay sol. Y hemos convenido ya que el día es espléndido.

—Está bien. Iré a llamar.

—Aquí la espero.

Heléne se puso en pie, todavía un poco titubeante, y se alejó. *Madame la Duchesse* de Montpelier se dispuso a tomar plácidamente el sol, que era lo que más la complacía. En esto nunca mentía. Nunca.

Cerró los ojos, y en el acto su imaginación la transportó a la isla de Malta, a Villa Tartaruga. Sí, estaba allá, desnuda en el césped junto a la piscina, con Número Uno, que de cuando en cuando se quedaba mirándola fijamente durante un buen rato, quizá creyendo que ella no se daba cuenta. Pero se daba cuenta, percibía a través de la piel aquella mirada de amor casi con la misma intensidad que percibía y recibía el amor de él cuando sus cuerpos se unían en los prolongados abrazos sexuales…

—Ya estoy aquí.

La anciana abrió tranquilamente los ojos, y Heléne todavía pudo ver en ellos, no sueño, como había creído, sino una sorprendente expresión, como de éxtasis lejano. Pero enseguida, los azules ojos de Annette mostraron la expresión acerada, casi dura.

—¿Y bien? —preguntó.

—Keyman ha accedido a informarla de ello, pero no ahora, sino cuando recibamos el dinero. Lo cumpliremos, Annette. Por dos motivos, básicamente. Uno de ellos porque, aun cuando al entregar ustedes el dinero lo harán en las condiciones de máxima seguridad

para mí, es evidente que siempre estarán en condiciones de no entregármelo si no cumplo mi parte. La otra razón es que, precisamente al decirles en qué consiste esa arma, ustedes todavía tendrán más interés en pagar y que esas listas no se hagan públicas.

—¿Tendremos más interés en pagar?

—Le aseguro que sí.

—Muy bien, de acuerdo. Mi compañero Karr ha estado estos días en conserva, esperando en lugar seguro su posible nueva intervención. Me pondré en contacto con él para decirle que vuelva a su domicilio habitual de Marsella, a fin de que usted pueda localizarlo de nuevo dentro de cinco días, que es, más o menos, cuando esperamos haber reunido el dinero. ¿O quieren oro?

—No, no. Dinero. Billetes.

—De acuerdo. Llame a Karr dentro de cinco días, no antes. Y en cuanto a mí, salvo que a usted se le ocurra algo más, he terminado mi trabajo. ¿Tiene algo que decir?

—Nada. Todo está bien también para mí.

—Adiós, Heléne.

—Adiós, Annette. Me ha gustado conocerla.

—Lamento no poder decir lo mismo, pero usted se hace cargo, ¿verdad, querida?

—Sí —rió Heléne—, desde luego. ¿No se va?

—¿Yo? No. Yo voy a seguir tomando el sol un buen rato. Es usted quien se va, supongo.

—Ah, bien. Sí, claro. Bueno…, adiós.

—*Au revoir, ma petite.*

Y *Madame la Duchesse* cerró de nuevo los ojos y continuó tomando plácidamente el sol.

Veinte minutos más tarde, sus manos, posadas sobre el maletín forrado de raso negro que tenía en el regazo, percibieron la suave vibración. Se sentó muy erguida, abrió el maletín, y sacó la pequeña radio…, que tampoco esta vez emitió música ni programa alguno cuando admitió la llamada.

—¿Sí?

—Soy Simón-Marsella.

—Claro. ¿Algún problema, Simón? —Talmente parecía que la anciana estuviese refunfuñando algo contra su pequeño receptor, que no debía de funcionar del todo bien.

—Ningún problema, hasta el momento. Heléne ha regresado a su apartamento, por ahora.

—Bueno, pero ella sabe que durante cinco días no va a tener nada especial que hacer en Marsella, así que quizá vaya a alguna parte. ¿Tienen sintonizado el emisor de señales que le coloqué en el coche, supongo?

—Por supuesto.

—Pues síganla en todo momento, vaya a donde vaya. Quiero saber el nombre y la dirección de todas las personas con las que ella se relacione. Aunque sólo sea lo que podría parecer una conversación casual. ¡Y no le digo nada si es una cita o una entrevista formal! Esto está claro, supongo.

—Naturalmente.

—Bien. Díganle a Karr que regrese a su apartamento dentro de cinco días, no antes. Pero que en modo alguno lo haga sin haber tenido un contacto conmigo. Y ahora, veamos… ¿Desde dónde ha telefoneado antes Heléne?

—Desde una cabina pública.

—¿Pudieron ver el número que marcaba?

—Lo siento: no.

—Está bien. No la pierdan de vista. Pero con cuidado: no es genial, pero tampoco es tonta. Además, pueden seguirla a cierta distancia, gracias al transmisor. Si es necesario, hagan venir compañeros de París, Niza, Roma, de donde sea, con tal de que puedan ir turnándose con la frecuencia necesaria para que ella no vea dos veces al mismo hombre… Bueno, le estoy aburriendo, ¿no es cierto? Todo eso lo sabe usted tan bien como yo.

—Sí —rió Simón-Marsella—, pero usted no me aburre.

—Gracias. Yo voy a salir para Niza cuanto antes. ¿Ha llegado el informe sobre Dodó?

—No existe tal nombre en los ficheros de la Central.

—¿Y el de Pájaro Repugnante?

—No, tampoco. Nada. Pero quizá consiguiéramos algo si le proporciono a usted un dibujante para que le dicte el rostro de ese Dodó.

Durante unos segundos la espía más peligrosa del mundo permaneció pensativa, con el ceño fruncido. Su silencio se prolongó tanto que Simón musitó:

—¿Baby?

—Sí, sí, estoy aquí… Estaba pensando.

—¿Qué hacemos respecto a Dodó?

—Nada. Olvídenlo. Yo me encargo de él personalmente.

* * *

A la hora convenida menos un minuto Dodó apareció, el segundo día, en la Rue Rossini, frente a la Place Mozart. A la hora en punto apareció un coche, que se detuvo ante él junto al bordillo. El rubio espía se inclinó, pudo ver al otro lado del coche, ante el volante, a la rubia conductora, y, sin más, se metió en el coche, sentándose a su lado.

—Buenas noches, Dodó.

—Buenas noches, Baby. Me alegra que haya venido hoy y no mañana, porque tengo novedades.

—¿Relacionadas con Udo Kroll?

—Naturalmente. —Dodó volvió la cabeza para mirarla—. Quedamos en que yo me encargaba de él, ¿no es así?

—En efecto. ¿Cuáles son esas novedades?

—Kroll ha visitado un yate surto en el puerto de Niza, concretamente en Bassin Lympia. ¿Sabe dónde está? Bueno, perdone, es una tontería preguntar eso. Usted debe de conocer Europa mejor que yo.

—No sé si mejor o peor —sonrió la rubia—, pero la conozco. ¿Sabe el nombre del yate?

—Por supuesto: *Trident*.

—¡Zambomba!

Dodó volvió a mirarla, y casi consiguió una sonrisa.

—Sí —asintió, como divertido—, el mismo nombre que ese supersubmarino que están preparando los Estados Unidos. No creo que sea más que una coincidencia.

—Claro. ¿Qué fue a hacer al yate?

—Lo ignoro. No me pareció prudente meterme en eso sin consultar antes con usted. Pero si quiere puedo hacerlo esta misma noche.

—¿Tan fácil sería? —Lo miró ahora Brigitte.

—Ni fácil ni difícil. Si hay que hacerse, se hace.

—¿Cuántas personas hay a bordo del *Trident*?

—Cuatro hombres. Todos ellos pertenecen a la dotación… No hay mujeres, ni hombres ajenos a la tripulación. Y por el momento, desde que tengo bajo control ese yate nadie más lo ha visitado.

—Entiendo que alguno de sus amigos lo está vigilando.

—Claro.

—Claro. Su eficiencia es magnífica, Dodó. ¿Paga usted a sus hombres con dinero de Omistán?

—Sí.

—¿Y cuánto cobra usted por sus servicios?

—Nada.

—¿Quiere decir que trabaja gratis para Omistán?

—De cuando en cuando recibo un regalo, pero no tengo sueldo. No lo quise. Pero claro, los gastos de mi servicio sí los afronta Omistán.

—¿Es usted un hombre rico?

—Sí.

—Me alegro. Bueno, tenemos al señor Udo Kroll que ha visitado un yate llamado *Trident* en el que hay cuatro tripulantes y nadie más, ni nadie más que Kroll lo ha visitado. ¿Qué más ha estado haciendo el señor Kroll?

—Nada más. Salvo eso, permanece en su chalé de Boulevard du Parc. En el chalé hay otros tres hombres, por supuesto de su misma catadura. Uno de ellos parece cocinero, y es el que se encarga de abastecer la casa. Es el que sale con más frecuencia.

—¿Y los otros dos? —rió Brigitte.

—Salen de cuando en cuando. Van al cine, o buscan una chica para acostarse con ella.

—¿Y encuentran la chica?

—Desde luego. Tienen dinero.

—Eso es bastante cínico por su parte, ¿no le parece, Dodó?

—Así está el mundo, y no es culpa mía.

—Supongo que tiene razón —admitió Brigitte—. ¿Cómo es Udo Kroll?

—Tiene unos cuarenta años, es casi tan alto como yo, pero más fuerte. No tiene la complexión cuidada, del atleta, sino esa robustez basta del hombre endurecido en luchas encarnizadas. Ojos negros, cabellos negros y ensortijados, boca grande, orejas grandes, barbilla

cuadrada, cuello robusto, naturalmente. Viste fatal. Pero es listo.

—Cielos, ésa sí es una descripción. ¿Qué cree que fue a hacer Kroll a ese yate?

—No tengo base para creer nada.

—¿Podría haber armas en él?

—Tal vez, pero desde luego no por valor de cien millones de dólares.

—Claro. ¿Qué bandera utiliza al *Trident*?

—Francesa.

—Me estoy preguntando si valdría la pena complicar las cosas para echar un vistazo a ese yate.

—Yo creo que es más interesante Kroll que el yate. Puestos a complicar las cosas, vayamos a por Kroll. Pero quizá sería mejor darle un poco más de cuerda, a ver por dónde nos salen. ¿Puede decirme algo de Heléne Darcy?

—Hicimos el trato, después de que ella fue a llamar a alguien por teléfono. No, no sabemos a quién llamó. Ni siquiera sabemos si esa persona está en Francia. Pudo ser una llamada internacional, pues la cabina que utilizó está preparada para ello.

Mientras decía esto Brigitte miraba a Dodó, que iba asintiendo, sin expresión alguna. Así que Brigitte no tuvo más remedio que ampliar la información para intentar descubrir algún gesto en el rostro del insólito espía.

—¿Conoce a un hombre llamado Keyman? —deslizó.

—No —se avivó la mirada de Dodó—. ¿Quién es?

—El jefe de Heléne. Ella me lo dijo. Es el hombre al que llamó.

—Acaba usted de decirme que no sabía a quién había llamado.

—Dodó: pregunté por usted a la Central.

—Eso significa que desconfía de mí —murmuró Dodó.

—El nombre de Dodó no consta allá, ni el de Pájaro Repugnante. Es decir, que usted me mintió: nunca ha sido un Simón.

—En ese caso —dijo fríamente el pájaro repugnante—, puede usted hacer una de estas dos cosas: o matarme o parar el coche para que nos separemos.

—Vamos, no tenga tan mal genio. Además, puestos a matar está usted en condiciones mucho más favorables que yo, pues tengo las manos ocupadas con el volante.

—Tengo la intuición de que si yo intentara tal cosa sería hombre

muerto. No sé cómo, pero usted ha previsto eso…, a menos que no sea Baby, sino cualquier sustituta de ella. Y empiezo a temer que así es.

—¿Por qué?

—Porque Baby jamás desconfiaría de mí después de haber visto mis ojos. Pare el coche. No quiero saber nada más de usted. En lo que a mí respecta, usted y la CIA pueden irse a la mierda. Pare.

—No tiene por qué ser grosero.

—Pare el coche.

La rubia vio un lugar donde podía detenerse, y lo hizo. Dodó giró para salir del coche, pero ella le retuvo de una mano. Él se volvió a mirarla fríamente.

—Un momento, Dodó, por favor.

La rubia se quitó la peluca, las lentillas de contacto, los aros de plástico de la nariz y las ligeras almohadillas de nylon especial que deformaban un poco la línea de la boca y las mejillas. Con eso, el auténtico rostro de Brigitte Montfort quedó al descubierto plenamente. Dodó dijo entonces, tras un suspiro:

—Lo siento. Perdóneme.

—¿Me conoce?

—Naturalmente. Es usted Baby.

—¿Ése es el rostro que usted ve? ¿El de Baby?

—Veo el rostro de Brigitte Montfort, que es lo mismo.

—¿Quiere decir que sabe que Baby es Brigitte Montfort?

—Hace bastantes años que lo sé.

—Dios mío… Pero hace un momento usted dijo que yo podía ser una sustituta.

—Con el disfraz, podía ser usted cualquier mujer más o menos parecida a Baby, o sea, a Brigitte Montfort. Yo vi una anciana y luego una rubia, joven y bonita. Con la anciana, ni se me ocurrió, pero sí con el otro disfraz. Ahora bien, bajo el disfraz podía haber otro rostro parecido al de usted, no el de usted. Ahora veo que sí es usted. Le he pedido perdón.

—¿Ya no quiere marcharse?

—Haré lo que usted quiera.

—¿Por qué, Dodó?

—Porque de toda la podrida CIA usted ha sido siempre lo único que ha valido la pena, y porque sé sobradamente que ha salvado la

vida a muchos compañeros, y ha ayudado a otros.

—Sabiendo todo eso, ¿por qué no me pidió ayuda directamente, hace tiempo, cuando sucedió lo que le impulsó a abandonar la CIA? Si ya me conocía entonces, ¿por qué no recurrió a mí?

—Porque no quise lastimarla explicándole una más de las porquerías de la CIA. Además, ya no tenía remedio.

—Dios mío… ¿No quiere explicarme qué pasó?

—No. Pero si me necesita, cuente conmigo.

—Está bien, Dodó. Trabajaremos juntos. Y proseguiremos esta conversación cuando terminemos el trabaje actual. ¿Dónde dice usted que vive Udo Kroll?

Capítulo V

El número nueve de Boulevard du Parc era un chalé de aspecto modesto y discreto, con un pequeño jardín. Delante mismo estaba el pequeño parque que daba nombre a la corta calle cerca del importante Boulevard Gambetta.

La preciosa muchacha rubia llegó allá en un taxi, cuyo conductor estuvo mirando atónito las bellísimas piernas mientras la rubia caminaba, hacia el jardincito. El hombre movió la cabeza con el gesto de quien se está perdiendo la mejor de la vida, y regresó hacia al centro de Niza. La muchacha rubia cruzó el jardincito, y llamó al timbre. Eran aproximadamente las diez de la mañana, y el día prometía ser espléndido de sol y agradable de temperatura.

La puerta la abrió un hombre vestido de cualquier manera, con pantalones vulgares y un jersey no menos vulgar. En una mano tenía un periódico. Su expresión entre aburrida e intrigada cambió al ver tal preciosidad ante él.

—Sí —sonrió—… Diga, ¿qué desea?

—Quisiera ver al señor Kroll.

El gesto del hombre volvió a cambiar, se tornó desconfiado, y en cierto modo, expresó una brevísima alarma.

—¿El señor Kroll? —Pareció no entender.

—Soy amiga de Heléne. Heléne Darcy.

—Ya… Bien, pase.

La rubia entró, y el hombre cerró la puerta. No dijo ni una palabra hasta que llegaron a la salita, donde había otro hombre, fumando y mirando expectante hacia la puerta.

—Ve a avisar a Udo —dijo el que había recibido a la rubia, hablando en alemán—. Dile que tiene una visita de parte de Heléne Darcy… Espera —miró a la rubia, y de nuevo habló en francés—… ¿Cómo se llama usted?

—Nora Tisdale. Soy inglesa.

El hombre parpadeó, pero acabó por asentir, y le hizo una seña al otro, que salió de la salita sin haber dicho nada. El receptor de la rubia fue a la librería, abrió un cajón, y tomó algo de él, volviéndose de modo que Nora no pudo ver de qué se trataba. Pero lo supo: era una pistola. Evidentemente, el sujeto no confiaba en ella.

Dos minutos más tarde regresó el otro, acompañado de Udo Kroll. Dodó lo había descrito a la perfección. De Udo Kroll, fuerte y recio, emanaba una impresionante sensación de potencia física…, y un algo inquietante, amedrentador. Sus negros ojos partieron querer perforar los verdes de la visitante.

—¿Heléne la ha enviado aquí? —preguntó abruptamente.

—Así es, señor Kroll.

—¿Por qué no ha venido ella?

—Keyman dijo que la necesitaba para otras cosas, y decidió que viniera yo. Estamos a punto de conseguir una importante cantidad de dinero, y Keyman quiere saber si por su parte podrá cumplir el compromiso.

—Ya le dije a su amiga que siempre estoy dispuesto.

—Me alegra oírlo. Sin embargo, tengo instrucciones concretas de Keyman respecto al material: él quiere que yo lo vea.

Kroll estuvo silencioso unos segundos, inexpresivo el rostro. Un rostro como de piedra quemada por el sol. Un rostro de hombre realmente duro, peligroso, nada fácil de tratar.

—¿Con qué objeto? —preguntó por fin.

—Queremos saber lo que compramos.

—Nunca antes Keyman había hecho esto. Él confía en mí.

—Lo sé, pero esta ocasión es muy importante, y no quiere que algo pueda fallar por defectos de material. Y si hay algún defecto, señor Kroll —sonrió la rubia—, yo lo veré.

—Es usted una experta, ¿eh?

—Lo soy, no le quepa duda.

De nuevo Kroll se quedó mirándola fijamente, mientras Baby pensaba que, cuando menos, aquella primera parte le había salido bien. Considerando que Heléne tenía como jefe a Keyman, había deducido que la muchacha no trabajaba, consecuentemente, para Kroll, sino que se relacionaba con él como compradora. Si hubiera sido lo contrario, esto es, que Heléne trabajaba en realidad para

Kroll, las cosas ya se habrían complicado.

Pero no. Kroll parecía irritado, eso era todo.

—Ya tendré yo una charla con Keyman cuando nos veamos —farfulló Kroll—. Pero como no quiero perder la venta, está bien, la llevaré a ver el material. ¿Ha venido en coche?

—En taxi, lo siento.

—Iremos en mi coche, no importa. ¿Cómo está ese maldito Keyman? ¿Sigue tan gordo?

La reacción de la rubia fue velocísima, su mente funcionó a tal velocidad que ciertamente escapaba a cualquier capacidad mental de sujetos como Udo Kroll.

—¿Gordo? —Alzó las cejas—. Señor Kroll: ¿estamos hablando del mismo hombre?

Udo Kroll lanzó una risotada, y señaló un sillón.

—Me arreglo en un par de minutos.

Baby se sentó, y encendió un cigarrillo, que sacó del maletín rojo con florecillas azules estampadas. A mitad del cigarrillo reapareció Kroll, ahora con pantalones bien planchados y chaqueta. Se dirigió en alemán a uno de sus hombres:

—Quedaros aquí, por si hubiera alguna llamada. Y decidle a Hugo que quizá no venga a almorzar. Bueno, jovencita —prosiguió en alemán, mirando a Nora Tisdale—, podemos marcharnos.

—¿Perdón?

—¿No habla usted alemán?

—Ni palabra.

—Lo siento, perdóneme. Podemos marcharnos.

Salieron del chalé, y Udo Kroll señaló en dirección al Boulevard Gambetta. Pero el coche estaba más cerca, en Avenue Gay. Se metieron dentro, y Kroll lo puso en marcha.

—Usted es más bonita que Heléne —dije Kroll—, pero no parece tan simpática.

—¿Tal vez quiere decir usted… asequible?

El coche partió. Kroll puso una mano sobre el muslo izquierdo de Nora Tisdale, y apretó.

—¿No lo es? —pregunto, sonriente.

—Cuando me viene de gusto o conviene, sí. Pero no creo que convenga ahora. Ni me viene de gusto, señor Kroll. Y me parece que se está usted tirando un farol respecto a Heléne.

—¿No cree que me acosté con ella?

—No, no lo creo. ¿Adónde vamos?

—Ya lo verá.

Las remotas esperanzas y conclusiones de Nora Tisdale se cumplieron. Bajaron por Boulevard Gambetta hasta Promenade des Anglais y por ésta alcanzaron Quai des Etats-Unis: siguieron luego por Quai Rauba Capeu, rodeando Le Chateau finalmente por Quai Lunel y Quai Papacino, para detenerse definitivamente en un estacionamiento de la Placelle de Beauté. Desde aquí, regresaron a pie hacia Quai Cessini, y quedaron frente a Bassin Lympia… Iban al yate *Trident.*

—¿Tiene el material en un barco? —Peguntó la rubia.

—En efecto.

Un par de minutos más tarde subían por la pasarela del yate *Trident*, no demasiado grande, y quizás un poco viejo. Dos hombres se acercaron a ellos, con cierta expectación, pero Kroll les hizo una seña, y condujo a Nora Tisdale al interior del barco. Abajo había otro sujeto, tomando café. El cuarto hombre no se veía por parte alguna.

—¿Eric está en la cocina? —preguntó en alemán Kroll.

—Sí.

—Entonces sube a decirle a Wolfgang que zarpe ahora mismo.

Naturalmente, Baby lo entendió, como lo habría entendido si se hubiera expresado en ruso, español, portugués, francés o italiano, pero no dijo nada. No podía protestar por la decisión de Kroll, pues habría sido tanto como delatarse respecto a sus conocimientos de alemán. Por otra parte, pensaba que una importante cantidad de armas no podía estar en aquel yate casi pequeño, así que posiblemente iban al lugar donde realmente estaban esperando ser entregadas a Keyman.

El hombre que había subido a cubierta, regresó, hizo un gesto afirmativo a Kroll, y éste se sentó, haciendo un gesto a Nora Tisdale para que lo hiciera a su lado, en el diván corrido. Casi enseguida, el yate vibró suavemente. Nora alzó la cabeza.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—Zarpamos —dijo Kroll—. Vamos a dar un paseo.

—Pero no veo la necesidad. Usted ha dicho que el material está aquí. ¿Me ha mentido?

—No. Yo no la he mentido a usted: el material está aquí, en el yate. Es usted quien me ha mentido a mí. Sé perfectamente que Keyman no la ha enviado. Lo supe desde el primer momento, pero decidí seguirle el juego, a ver qué explicación me da.

—Escuche, señor Kroll…

—Escuche usted, guapa —masculló Kroll—: anoche, Heléne me llamó desde Marsella para decirme que dentro de una semana como máximo tendrían el dinero, y que me avisaría entonces para ultimar la operación. Ahora, se presenta usted diciendo que quiere ver el material. Y por supuesto que Heléne no la mencionó, ni dijo nada de esto. Eso, aparte de que Keyman y yo somos viejos amigos, y él sabe que yo siempre cumplo. Demonios, ¿está usted loca? ¿Quién es, qué pretende? ¿De dónde ha salido usted?

—¿Puedo fumar? —murmuró Nora Tisdale.

—No. Y traiga acá ese maletín —Kroll se lo arrebató rudamente —. Vamos a ver si contiene algo que haga innecesarias sus respuestas.

Lo abrió, y comenzó a remover su contenido. Parecía desconcertado. Había todo lo que podía esperarse en un neceser femenino: cepillo para el cabello, secador para el mismo, laca para las uñas, pañuelitos de papel, carmín, maquillaje, un paquetito de gasas esterilizadas, dentífrico…

Había también una pequeña cámara fotográfica y un trípode desmontado de aluminio.

—¿Y su pasaporte? —Gruñó Kroll.

—Lo dejé en el hotel.

—¿Qué hotel?

—Bleu.

—¿Quién demonios es usted?

—Nora Tisdale, inglesa, ya se lo dije.

—¿Trabaja para el servicio secreto británico?

—No —sonrió Baby; y decidió darle un susto no menor—: trabajo para la CIA.

La alarma de Kroll y su secuaz fue por demás evidente. Se miraron, y luego la miraron con expresión de sobresalto.

—¡La CIA! ¿Y qué demonios pinta la CIA en esto?

—Queremos saber para qué quiere Keyman los cien millones de dólares en armas.

El asombro de los dos hombres fue sencillamente brutal. Se quedaron mirando a Brigitte con la boca abierta, los ojos saltones.

—Pero… ¿está loca? —Aulló de pronto Kroll—. ¡Cien millones de dólares en armas!

—¿No es usted lo bastante importante como para abastecer ese material, señor Kroll?

—¡Claro que no!

—Pero Keyman quiere comprarle armas a usted, ¿no es así?

—¡Pero no cien millones de dólares!

—¿Cuánto?

—Cien mil dól… ¡Maldita sea! ¡Soy yo quien tiene que hacer las preguntas, no usted!

—¿Cien mil dólares en armas? —Completó Brigitte—. ¿Keyman sólo quiere comprar cien mil dólares de armas? ¿Me está tomando el pelo? Vamos, Kroll, sea razonable.

—Pe-pe-pero… ¡¿qué… qué demonios se ha creído?! ¡Usted es quien tiene que ser razonable, usted es mi prisionera!

—No se lo tendré en cuenta si llegamos a un entendimiento.

—Esta mujer está loca —barbotó el otro—… ¡Parece que sea ella la dueña de la situación!

—Si recuerdan que trabajo para la CIA —dijo apaciblemente Brigitte—, comprenderán que no me he metido en esto a tontas y a locas. Echen un vistazo hacia popa, y verán que una lancha nos está siguiendo. Y en este yate sólo son ustedes cinco. ¿Me explico?

La miraban como alucinados. Kroll hizo un gesto al otro, que se lanzó hacia cubierta. Regresó un minuto más tarde, fruncido al ceño.

—Hemos salido ya del puerto, y no veo lancha alguna que nos siga, Udo.

Éste miró a Baby, que sintió un lento y profundo escalofrío que apenas pudo ocultar. ¿Dodó no cumplía su parte? Tenía una lancha, según le había dicho, siempre dispuesta desde el momento en que supo que Kroll tenía un yate. ¿Y Dodó no los seguía con la lancha?

—Me parece —sonrió de pronto Kroll— que algo le ha fallado a la señorita Tisdale. Algo que pone la situación favorable para nosotros. Así que ahora vamos a hablar en serio con ella… Vamos a ver, jovencita: ¿qué clase de cuento tiene usted en marcha?

—Ya se lo he dicho: soy de la CIA, y quiero saber qué pretende

hacer Keyman con cien millones de dólares en armas.

—¿Entiendo que me han localizado a mí por medio de Keyman?

—Sí —mintió Brigitte—. Por medio de Heléne. Los tenemos vigilados.

—Pero no tanto que supieran que anoche Heléne me llamó, ¿eh?

—Siempre surge algún fallo.

—Sí… Así es. Bueno, ¿qué es eso de los cien millones de dólares? Keyman no ha tenido esa cantidad jamás, ni veo cómo podría conseguirla.

—Tiene sus propios recursos.

—¿Keyman? ¡No me haga reír! No es más que un desgraciado de las bajas esferas del terrorismo, siempre ha hecho pequeñas porquerías, no daría por él ni cinco dólares… ¡Cien millones! ¡Bah! Mire, no sea tonta, dígame la verdad, y quizá no sufra demasiado al morir. ¿En qué jaleo me ha metido ese idiota de Keyman?

—Creí que usted lo sabría.

—Escuche, encanto, yo sólo sé que iba a venderle a Keyman armas por valor de cien mil cochinos dólares. Todo eso de los cien millones es música china para mí.

—También para mí. Esperaba sonsacárselo a usted, porque todavía no sé dónde está Keyman. Ni siquiera le conozco.

—Pero sí conoce a Heléne, ¿no?

—Sí. Estuve negociando con ella respecto a los cien millones de dólares que la CIA debía entregarle para Keyman.

De nuevo quedaron pasmados los dos hombres, y Baby comprendió que estaba perdiendo el tiempo: realmente, no sabían nada de nada. Iban a venderle cien mil dólares de armas a Keyman, y para ellos el asunto terminaba allí. Así que la pregunta seguía en pie… y ya no tenía a mano a nadie más a quien hacérsela: ¿para qué quería Keyman armas por valor de cien millones de dólares…, y dónde esperaba comprar las restantes, las que no le proveyera Udo Kroll? ¿O no pensaba comprar tantas armas, realmente, sino sólo las que pudiera adquirir por cien mil dólares? Y entonces… ¿qué pensaba hacer con tan exigua cantidad de armamento?

—¿Qué clase de armamento? —preguntó de pronto.

—¿Eh? —Gruñó Kroll.

—¿Qué clase de armas y qué cantidad iba a venderle usted a Keyman por cien mil dólares?

Kroll se quedó mirándola. De pronto, se rascó la nuca, con gesto perplejo. Y por último, sonrió.

—Mire, nena, le agradezco mucho que me haya informado de que Keyman anda metido en algo tan importante, pero la conversación ha terminado. Ahora, simplemente, nos desembarazaremos de usted, y luego buscaré a Keyman para ofrecerle mí… colaboración incondicional, no sólo la venta de unas cuantas armas. Un asunto de cien millones tiene que valer la pena. Gracias, encanto.

—¿Van a matarme?

—¿Usted qué cree? —rió el otro.

—Les voy a hacer la mejor oferta de sus vidas —deslizó suavemente la agente Baby—… Ayúdenme a encontrar a Keyman, retírense para siempre del negocio de la venta de armas…, y yo me olvidaré de que unos bichos como ustedes están en el mundo.

La miraban ahora incrédulamente.

—Conocerla a usted ha sido toda una experiencia —dijo Kroll—, y la aprovecharemos. Lástima que usted no pueda aprovecharse de la que significa habernos conocido a nosotros. No debió ser tan decidida, nena.

—¿Significa eso que rechazan mi oferta?

—Vamos, déjese ya de tonterías. Alfred, súbela arriba, métele una bala en la nuca, y entre tú y Robert lastradla y tiradla al mar. Adiós, señorita Tisdale.

—Todavía no han visto una cosa que puedo ofrecerles —dijo Brigitte, señalando su regazo—… ¿Puedo subirme la falda?

Hubo un destello entre divertido y lúbrico en los ojos de los dos hombres. ¿La muchachita quería controlarlos por medio del sexo? Ah, pues muy bien, era tan hermosa que la idea tenía que habérsela ocurrido a ellos, en lugar de matarla enseguida.

—Veamos eso que tiene que enseñarnos —rió Alfred.

Brigitte se subió la falda, arrancó de un tirón la pistolita de cachas de madreperla, adherida al muslo izquierdo con la tira de esparadrapo de color carne, apuntó a Alfred, y, cuando apenas éste comenzaba a reaccionar moviendo la mano derecha hacia su axila izquierda, disparó.

Plof, chascó la pistolita.

La bala dio en el centro de la frente de Alfred, que se desplomó

muerto en el acto. Kroll no tuvo tiempo ni de moverse. El diminuto ojo de la pistolita, silenciosa de origen, le estaba ya mirando. Quedó inmóvil, hasta que se pasó la lengua por los labios.

La espía americana sonrió gélidamente.

—Estuviste a punto de tocarla antes, en el coche, cuando me manoseaste el muslo —dijo—. Ahora ya no tienes tiempo de nada, Udo Kroll.

—Espere, podemos…

—No. Eres un asesino. Se acabaron los tratos.

—¡Pero podemos…!

Plof.

La bala se hundió entre las cejas de Kroll, y quedó alojada en el cerebro criminal. La cabeza de Udo Kroll se movió un poco hacia un lado, y luego cayó blandamente sobre el pecho. Su cuerpo se ladeó hacia Brigitte, que lo apartó con la punta de la pistola, dejándolo bien sentado junto a ella.

Era como si nada hubiera sucedido, el yate seguía navegando… ¿Realmente la había abandonado Dodó?

Nora Tisdale se puso en pie, enfiló el pasillo, y alcanzó la puerta de la cocina en cuestión de segundos. Se asomó. Un hombre estaba preparando algo de comer para el almuerzo. Ella carraspeó, y el hombre volvió la cabeza, medio sonriendo. La sonrisa quedó como una máscara de cartón sobrepuesta a su auténtico rostro.

—Eric, voy a hacerle un favor: vuélvase de espaldas, le golpearé, y todo irá relativamente bien para usted.

—¿Quién es usted?

—Una chica que habla alemán. Vuélvase. Con las manos muy altas por encima de su cabeza. Y no intente ningún truco estúpido: me los sé todos. Si me hace enfadar le mataré.

Eric tragó saliva, alzó los brazos, y se volvió, un poco encogido. Brigitte le golpeó en la nuca con la pistola, Eric emitió un resoplido, y rodó por el suelo. Dos minutos después estaba atado de pies y manos con unos cuantos cordeles delgados pero fortísimos. La espía terminó la labor amordazándolo con una servilleta tras meter en su boca un huevo duro. Se quedó mirándole, y movió la cabeza.

—En verdad chocante —dijo.

Salió de nuevo al pasillo, regresando hacia el salón. Media docena de pasos antes de llegar a éste vio el cuerpo caído de Alfred.

Pero ahora no estaba boca abajo, sino boca arriba. ¿Se había movido el muerto? Ella se detuvo en seco. Tan en seco que sus zapatos chascaron de modo peculiar en el pasillo.

En el mismo instante en que comprendía la verdad, la cabeza de un hombre asomó por un lado del extremo del pasillo, junto a una pistola.

Brigitte se dejó caer de rodillas, al tiempo que disparaba. La bala disparada por Robert crujió secamente por encima de su cabeza. La disparada por ella arrancó un puñado de astillas relucientes de la esquina del pasillo, mientras la cabeza del hombre desaparecía.

—¡Wolfgang! —aulló Robert—. ¡Wolfgang, ven a ayudarme, la chica ha matado a Kroll! ¡WOLFGANG!

Capítulo VI

Durante unos segundos sólo se oyó el leve rumor de la marcha del yate. De pronto, los motores pararon. El yate cabeceó suavemente.

Brigitte comprendió enseguida. Wolfgang había oído a su compañero, había parado los motores, y ahora bajaría para ayudarle. Era muy simple. Desde allí mismo, todavía arrodillada, Brigitte veía parte del salón, y, al fondo, el corto tramo de peldaños que lo comunicaban con cubierta, a un nivel casi dos metros por encima. Por aquella escalera debía aparecer Wolfgang, y ciertamente, ella tendría todas las ventajas, pues empezaría a verle sus piernas y luego su abdomen mientras el hombre bajaba sin poder verla a ella.

Pero eso entrañaba un riesgo. Si disparaba contra Wolfgang, Robert lo sabría, naturalmente, y podía aprovechar la ocasión para asomarse y disparar poco menos que a placer contra ella, que estaría ocupada con Wolfgang.

Así que sólo tenía una cosa que hacer.

Se quitó los zapatos, sin dejar de mirar hacia el extremo del pasillo. Se puso en pie, tomó impulso, y se lanzó hacia el salón, pero no por el aire, sino deslizándose por el suelo y girando para quedar boca arriba.

Ciertamente que Robert la oyó, y se dispuso a disparar. Pero cometió el error que esperaba Brigitte: apuntó a media altura, para acertarla en el abdomen o quizás en el pecho… La sorpresa de Robert fue mayúscula cuando el cuerpo de la espía americana pasó cerca de sus pies, resbalando por el suelo, preparada la pistola. Bajó la mirada, sobresaltadísimo, y quiso desviar la línea de tiro…

Plof, disparó Brigitte desde el suelo, todavía moviéndose.

La bala se hundió en el ojo derecho de Robert, lo tiró contra el canto del pasillo, y lo abatió de bruces. Su corpachón sonó estruendosamente, ahora que no había ruido alguno en el yate. En

los escalones sonaron los pasos precipitados. Brigitte giró hacia allí, vio los pies de Wolfgang, las piernas hasta las rodillas… Wolfgang se detuvo, giró, y se lanzó escaleras arriba. El disparo de Brigitte le acertó en un pie, y el hombre se puso a aullar como enloquecido. Casi enseguida, resonó en todo el yate el estruendo de un disparo de rifle, y la bala, llegando desde cubierta, rebotó en el piso del salón y pasó por encima del cuerpo de Brigitte, que se apresuró a rodar hacia el lado del ventanal, apartándose de la línea, de tiro…, aunque no de los rebotes, que eran imprevisibles.

—¡Robert! —aulló Wolfgang—. ¿Me oyes, Robert?

No —gritó Brigitte—… ¡No le oye! ¡Está muerto!

Desde arriba, Wolfgang comenzó a disparar rabiosamente, pero se detuvo de pronto. Se había dado cuenta de que con aquello iba a descargar muy pronto el rifle, y prefería reservar las balas. El yate se movía ahora con más fuerza, su bandeo indicaba que estaba al pairo y sometido de costado al oleaje, que por fortuna no era muy fuerte.

—¡Alfred! —Llamó Robert—. ¡Eric! ¿Me oís?

—¡Tampoco ellos le oyen! —Le provocó Brigitte—. ¡Están todos muertos! ¡Y usted también lo estará pronto si no se rinde! ¡Deje caer el rifle y baje con las manos sobre la cabeza!

—¡Asoma tú el hocico, mala puta, y verás cómo te quemo el bigote de rata que tienes!

Brigitte estuvo a punto de lanzar una carcajada. No se podía negar que Wolfgang tenía inventiva. Y mala uva. La situación era mala para los dos, de todos modos. Una no podía subir y otro no podía bajar.

Brigitte comenzó a oír el rumor de una lancha, acercándose. Arriba, Wolfgang lanzó una exclamación, y comenzó a disparar, pero no hacia abajo, hacia el salón del yate. En alguna parte sonó un disparo de rifle, lejano. Arriba, el grito agónico da Wolfgang. Luego, un golpe en lo alto del tramo de escalones…

Lo primero que apareció fue la cabeza de Wolfgang, golpeando contra un escalón. Luego, el cuerpo, que rodó como roto hasta abajo, pareció un flan movido bruscamente, y quedó inmóvil, cara al techo. Tenía los ojos abiertos, y, en al centro del pecho, el tremendo boquete sangrante.

La espía americana pasó por encima de él, y subió a cubierta. La

lancha se acercaba al yate ahora a motor parado, con el último impulso. A los mandos, un hombre desconocido. Junto a él, rifle en mano, Dodó, el pájaro repugnante. Brigitte dejó caer la escalerilla lateral, la lancha llegó, y Dodó subió rápidamente.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—Sí, gracias. Dijeron que nadie nos seguía.

—Mantuvimos la distancia, mirando con prismáticos, hasta que vi que el yate paraba los motores. Comprendí que la cosa se había complicado.

—Ha sido una masacre absurda —murmuró Brigitte—… Pero no lloremos por ello: eran todos unos criminales. Buen tiro, Dodó.

—No fue difícil.

Brigitte lo miró con cierta ironía, pero ya no dijo nada más al respecto. Cinco minutos más tarde, los cuatro traficantes de armas muertos estaban agrupados en una esquina del salón, cubiertos en común con una sábana, y Eric, que había recobrado el conocimiento, miraba a Brigitte y Dodó con expresión desorbitada, sentado en el diván.

—Muy bien, Eric —se plantó Brigitte ante él—… ¿Hay cargamento de armas a bordo, por pequeño que sea?

Eric asintió. Dodó se acercó a él, le quitó la mordaza, y el hombre, congestionado, escupió el huevo duro y tomó aire ávidamente. Dodó miró pasmado el huevo duro, luego a Brigitte, y por último de nuevo a Eric, que ahora tosía, llenos de lágrimas los ojos.

—¿Dónde están escondidas las armas? —preguntó Dodó.

—Hay… hay una trampilla en el piso de uno de los camarotes…

—Camine hacia allí.

Eric los llevó al camarote, y con un pie apartó la vieja alfombra, dejando al descubierto la trampilla. Dodó la alzó. En el hueco entre el piso y la quilla del yate todo era oscuridad. Dodó le pidió una linterna a Eric, y ya con ella en la mano se deslizó por el hueco. Reapareció dos minutos más tarde.

—Hay algunas metralletas, pero sobre todo está lleno de morteros y granadas para ellos. También hay granadas de mano, y municiones.

—¿Morteros? ¿Cuántos, aproximadamente?

—Unos cuarenta.

—¿Qué alcance les calcula?

—Depende de lo tenso que sea el tiro, pero no menos de una milla, desde luego. Y hay granadas suficientes para pulverizar una manzana de casas.

Brigitte asintió, y miró Eric.

—¿Para qué quiere Keyman los morteros? —preguntó.

—No lo sé… ¡No lo sé!

—¿Dónde debían entregárselos?

—En Barcelona. Habríamos zarpado hacia allí cuando él lo indicara. ¡Sólo sé eso, no sé nada más!

—¿Barcelona, España?

—Sí… Sí, sí.

Brigitte miró interrogante a Dodó, que frunció el ceño y movió negativamente la cabeza.

—Ni idea —dijo—. No sé qué puede haber allí que esté dentro de los planes de Keyman.

—Según Kroll, Keyman es un desgraciado que sólo hace pequeñas cosas.

—Yo no confiaría en eso.

—Desde luego.

—Bueno, de un modo u otro, sabemos al menos que Keyman está en Barcelona. ¿Va a ir usted allá?

—Barcelona es una ciudad grande —movió la cabeza Brigitte—. Si un hombre como Keyman se esconde allí nadie podrá encontrarlo, y menos sin conocerle. Pero quizá le conozcan los hombres de Kroll que quedaron en la casa, y hasta es posible que sepan dónde se esconde.

—Usted no cree eso —sonrió de mala gana Dodó—. Un hombre como Keyman no explica sus planes a un Kroll cualquiera, por amigos que sean.

—De todos modos tenemos que ir allá a capturar a esos tres hombres de Kroll. Debemos controlar la casa por si Heléne llamara por teléfono desde Marsella.

—Dispongo de algunos hombres que…

—No —sonrió Brigitte—. Será fácil capturar a esa gente, Dodó, déjelo de mi cuenta. Asegúrese de que Eric queda bien amarrado y pídale a su amigo de la lancha que le ayude a tirar al mar los cuatro cadáveres, bien lastrados. Luego, vamos a volver a Niza, sus amigos

se harán cargo del yate, sin tocar nada y sin acercarse a puerto, como si estuvieran de recreo por estas playas, y nosotros iremos al chalé de Kroll. ¿Está de acuerdo?

—Naturalmente. Mmm… ¿Puedo saber cómo va a capturar «fácilmente» a los hombres de Kroll?

—Ya lo verá —sonrió Brigitte.

* * *

Casi dos horas más tarde, Dodó lo vio. El procedimiento fue sencillísimo, y hasta un tanto divertido para Dodó, que tomó parte en el «ataque». Su parte consistió en acercarse al chalé, quitarse un zapato, y arrojarlo contra los cristales de una ventana. El zapato desapareció en el interior de la casa, llevándose los restos de los cristales. Desde unos cincuenta metros, asomada a la ventanilla del coche de Kroll, Brigitte Baby Montfort disparó con su tubo-fusil montado con las patas del trípode de aluminio, una tras otra, rápidamente, tres pequeñas ampollas de gas narcótico. Luego, simplemente, desmontó el tubo-fusil, lo guardó en el maletín, y se encaminó hacia la casa, caminando con su gracia inimitable.

Cuando se detuvo ante la puerta, Dodó, que había entrado segundos antes por la ventana, le abrió.

—Caramba —dijo por todo comentario.

—Será mejor que nos ocupemos en atarlos debidamente. Despertarán dentro de dos horas, más o menos.

Apenas diez minutos más tarde, todo estaba en orden. Los tres hombres de Udo Kroll estaban atados de pies y manos, y tirados en un lado de la salita, dormidos, como muertos.

—¿Quiere que eche un vistazo por la casa? —preguntó Dodó.

—No vale la pena, y usted lo sabe.

—Sí, pero me gusta ver lo que sabe usted.

—¿Todavía no cree que soy la auténtica Baby?

—Si no lo fuese no habría hecho lo que ha hecho. Tan sólo para intentarlo hace falta un valor que difícilmente tendrá otra mujer…, y hasta un hombre. Meterse aquí con toda esta gente despierta, y luego en el yate, no es cualquier cosa.

—¿No lo habría hecho usted?

—Yo siempre hago lo que tengo que hacer. Sea lo que sea. Y si

trabajo con usted no tengo límites.

—Voy a llamar a mis Simones de Niza —murmuró Brigitte—. Pero no les preguntaré más por Dodó, el pájaro repugnante.

—No consta en la CIA esa nominación mía. La adopté poco después de dejarlos.

—Claro. ¿Qué… nominación consta?

—Clifford Delaney, agente Mass-0910. Dimitido.

—De modo que por fin me lo ha dicho.

—No tengo nada que ocultarle a usted.

Estuvieron unos segundos mirándose fijamente. Por fin, Brigitte parpadeó, sacó la radio del maletín, y efectuó la llamada.

—¿Sí?

—Baby en Niza.

—¡Simón a la escucha! —Exclamó alegremente el agente de la CIA—. ¡Hace más de tres horas que tenemos una información para usted, procedente de Marsella, pero nos dijeron que no la llamáramos antes de las nueve y veinticinco de esta noche!

—Todo está bien a ese respecto —murmuró Brigitte, sin mirar a Dodó—. Él está conmigo. No hay problemas con Dodó, Simón. ¿Qué información les pasaron desde Marsella?

—La chica guapa llamada Heléne Darcy tomó esta mañana un avión con destino a Barcelona.

—¡Estupendo! —exclamó Brigitte; y de pronto pareció desanimarse—. ¿Avisaron a los Simones de Barcelona, o alguno de Marsella tomó el mismo avión?

—Avisaron a Barcelona, y sabemos ya que Heléne Darcy está bajo control. Pero que sepamos todavía no ha visitado a nadie.

—Simón, llame usted a Simón-Barcelona, personalmente. Dígale que por nada del mundo pierdan de vista a Heléne, pero que no se acerquen demasiado a ella, que no hagan nada. ¡Sólo quiero saber qué hace, adónde va, con quién se encuentra allí! Que se atengan a esto absolutamente hasta mi llegada a Barcelona. Yo les llamaré cuando llegue.

—*Okay*. ¿Qué más? ¡Pídanos más cosas!

—Pues la verdad es que… Oh, bien, ¿por qué no? ¿Saben algo de un tal Udo Kroll?

—Ah, sí, el alemán. Un traficante de armas de poca monta… ¿Qué pasa con él?

—Quiero saber todo lo posible sobre Kroll, y especialmente con quién ha estado haciendo negocios últimamente. Pero no se les ocurra acercarse al chalé de Boulevard du Parc. Ya lo tengo yo controlado.

—Ah. Bien… De acuerdo, profundizaremos en las cosas de Kroll. Es un maldito cerdo.

—Era —dijo Brigitte.

—¿Se lo ha cargado? ¡Felicidades! Bueno, ¿qué más?

—Nada más —rió Brigitte—. Yo les llamaré cuando convenga. Gracias por todo, Simón. Besos.

—¡Recibidos!

Brigitte cerró la radio, la guardó, y miró a Dodó, que la contemplaba fijamente.

—Es por lo único que siento no seguir en la CIA —murmuró Dodó—: no ser un Simón.

—Tal vez pueda encontrar para usted algo incluso mejor que eso, Dodó. Pero no hablemos de eso ahora. Tengo que ir a Barcelona, y dejar las cosas bien montadas para prevenir cualquier circunstancia. Entiendo que sigo contando con su colaboración.

—Desde luego.

—Muy bien. En ese caso…

Capítulo VII

Al día siguiente por la tarde, la señorita Brigitte Montfort llegó en avión a Barcelona procedente de Marsella. En el aeropuerto Muntadas, a siete kilómetros de la ciudad, la estaba esperando Simón-Barcelona.

Ni uno ni otro tuvieron dificultad alguna para identificarse.

Fue como si se olieran.

Tras las presentaciones y recogida de la única maleta de Brigitte, Simón se hizo cargo de aquélla, y condujo a Brigitte al estacionamiento, donde tenía el coche. Un minuto más tarde circulaban por la autopista hacia la ciudad.

Para entonces, Brigitte sabía ya que Heléne Darcy no estaba alejoda en ningún hotel, sino que, la tarde del día de su llegada, se había dirigido a una vieja casa en una calle estrecha cuyo nombre era Montnegre. El número de la casa era el 46 bis.

—¿Quién vive en ella? —preguntó Brigitte.

—Ayer vimos salir y entrar un par de veces a dos hombres, por separado. Como si salieran a hacer gestiones, y eso es lo que hicieron, pequeñas compras. No tuvieron contacto especial con nadie. Heléne Darcy también salió, esta mañana, pero todo lo que hizo fue pasear por el centro de la ciudad, por la Plaza de Cataluña, y luego tomó el aperitivo en un bar de lujo del Paseo de Gracia. Regresó a almorzar a la casa, y que yo sepa no ha salido hasta ahora.

—Es decir, que según parece en la casa había dos hombres.

—Si hay más, no han salido desde que nosotros la vigilamos.

—¿Cómo son?

—Bueno, son tipos corrientes, en apariencia… Quiero decir que la gente que vive cerca de ellos no se han de fijar de modo especial en semejante par de sujetos.

—¿Pero nosotros sí? ¿Cree que son espías?

—No, no lo son —negó hoscamente Simón—. Y si lo son, desde luego de baja estofa. En mi opinión, son gente de alquiler, usted me entiende.

—¿Podrían ser gente metida en actos terroristas?

—Podrían serlo. Son tipos de cuidado. Aparentemente inofensivos, pero a nosotros no nos engañan. ¿Por qué pregunta eso?

—Porque he sabido que el tal Keyman, el hombre que está dirigiendo este asunto, es un terrorista de poca monta. Tan de poca monta que está preparando algo sólo con armas por valor de cien mil dólares.

—Se puede hacer mucho daño con eso, de todos modos. ¿Qué clase de armas? ¿Lo sabe?

—Morteros. Y esos morteros tenían que serle entregados aquí, en Barcelona. ¿Se podrían instalar morteros en esa casa?

—Ya lo creo. Tiene azotea y patio. En la azotea quizá los vería alguno de los vecinos de casas más altas, pero no en el patio, que está protegido por una tapia de ladrillos que da a una calle lateral.

—¿Sabemos de quién es la casa?

—Con exactitud, no, pero hemos mirado en el listín telefónico, y ahí constan los nombres de dos personas. Como la casa tiene dos pisos, suponemos que en cada uno de ellos debe de vivir una familia diferente, y así lo indican los nombres. Pero me sorprendería que Keyman, si es que está en esa casa, se arriesgue a compartirla con otras personas. En realidad, y aunque sea un poco aventurado por mi parte, creo que puedo explicarle lo que sucede.

—Me gustaría escucharlo.

—Esa casa está en un barrio viejo, y, como las restantes, es pequeña. Es una zona de Barcelona que según unos antiguos planes urbanísticos que ahora se pretende poner en marcha, deberá ser expropiada, derribadas todas las casas, y destinarse a la apertura de una gran avenida y jardines. Entonces, los propietarios u ocupantes de esas casas de la zona se están preocupando de conseguir un nuevo domicilio antes de tener que hacerlo precipitadamente, y no sería extraño que los ocupantes de la casa en cuestión hubieran pensado que era buen negocio alquilar los dos pisos mientras la casa esté en pie, y marcharse ya a vivir a otro lugar.

—Y esos dos hombres podrían haber alquilado los dos pisos, es

decir, todo ese pequeño edificio, con patio y azotea.

—Sí. Eso tendría sentido. Y tal vez uno de esos dos hombres que hemos visto salir y entrar sea Keyman.

—Hum. Sí, parece que Keyman debe de estar en esa casa, pero no nos aventuremos. Volvamos a lo de los morteros. Supongamos que se instalan en el patio o en la azotea unos cuantos morteros… ¿Qué hay en un radio de una milla alrededor de la casa? ¿Qué blancos podrían ser alcanzados por los disparos?

—¿Blancos específicos, de especial interés terrorista?

—Cualquier clase de blanco.

—Fiu —silbó Simón—… ¡Hay de todo! Grandes edificios comerciales, hoteles de primerísima categoría, jardines públicos, cuarteles de tropas, estadios de fútbol, el Palacio Real, algunas facultades de la Universidad, la cárcel Modelo, la estación Central Sants del ferrocarril… ¡Yo qué sé! De todo, ya le digo. Si quiere le hago un estudio completo sobre el plano de la ciudad. Es decir, se lo puedo encargar a uno de nuestros colaboradores que nació aquí y lleva toda la vida en la ciudad.

—Quiero ese estudio completo.

—De acuerdo. Lo tendrá esta misma noche, no hay problema.

—También quisiera estar segura de su teoría respecto a que las personas que ocupan esa casa no son sus propietarios habituales desde hace años, es decir, personas que quizá nos parezcan sospechosas y que sean ajenas a toda esta clase de asuntos… ¿Puede comprobar su teoría?

—Haciendo preguntas, sí.

—Nos arriesgaremos. No quisiera involucrar en una cosa como ésta a gente que no tiene nada que ver… Estamos en la Plaza de España, ¿verdad?

—Así es. Le tengo preparado un apartamento en la calle de Balmes, digno de usted. Pero si prefiere otra cosa…

—Si es un sitio discreto está bien, Simón. Pero antes de ir allá lléveme a algún lugar donde pueda cambiar de aspecto. He llegado con mi verdadero nombre, pero no tengo la menor intención de trabajar al descubierto.

—Comprendo. En cuanto a la calle de Balmes no es precisamente un sitio discreto, pero sí lo es el edificio de lujo destinado al alquiler de apartamentos amueblados. No tendrá

problemas, puede estar segura.

* * *

Hacia las siete y media de la mañana siguiente Brigitte se levantó, se preparó un desayuno escogido de la bien surtida despensa, y se dispuso a esperar. Cerca de las once llegó Simón-Barcelona.

—La casa está en las condiciones que le dije —informó—. Los propietarios, previendo su demolición forzosa, viven ya en otro sitio, y cada uno de ellos alquiló condicionalmente su piso a un hombre. El primer piso lo alquiló un sujeto llamado Charles Ferron, y el segundo un tal Marcel Mellier. Naturalmente, son nuestros hombres.

—Sí. Los dos franceses.

—Eso parece.

—¿Sabemos a qué se dedican?

—Al parecer han dicho que están aquí gestionando contrataciones de libros entre editoriales barcelonesas y editoriales francesas.

—¿Eso es creíble?

—Por supuesto. Lo deben de tener bien estudiado. Uno de esos dos sujetos debe de ser Keyman, claro.

—No —negó Brigitte—… No, no.

—Si Heléne Darcy ha venido a ver a Keyman…

—Pero puede haber alguien más en la casa, alguien que no salga nunca.

—Podría ser. Bueno, le traigo el estudio de los posibles objetivos de granadas lanzadas desde esa casa. Como objetivos concretos, muchísimos. Eso sin contar con los edificios destinados a viviendas, claro está. Si unos cuantos morteros empiezan a escupir granadas sin ton ni son alrededor de su emplazamiento harían una masacre horrenda.

—No, no creo que sea eso. Tiene que ser algo que esté en Barcelona y nada más que en Barcelona. De lo contrario, ni Heléne ni Keyman se habrían molestado en venir a España. ¿Para qué? En Francia pueden desenvolverse con mucha más facilidad, ¿no le parece? Y si lo que quieren es simplemente organizar una masacre ciudadana tienen París, o cualquier ciudad grande de Francia. No…

Tiene que ser algo que sólo esté en Barcelona. ¿Qué se le ocurre a usted?

—Caramba, yo creo que no hay nada que tenga Barcelona que no tenga París, por ejemplo.

—Pues tiene que haber algo. Veamos ese estudio.

Sobre una mesa extendieron el plano de la ciudad, y Simón señaló algunos pequeños círculos rojos dentro de cada cual había un número.

—Nuestro colaborador ha numerado los posibles objetivos y aquí, en esta hoja —colocó un folio escrito a mano junto al plano—, ha explicado qué hay en cada número. Por ejemplo, el número 1 corresponde al Palacio Real de Pedralbes, que está aquí, en la Avenida Diagonal; el número 2…

El colaborador español había numerado hasta treinta y dos posibles objetivos, los últimos de los cuales iban decreciendo en importancia. Pero había allí lo suficiente para que, al finalizar el examen, Brigitte musitase un «Dios mío» y se quedase contemplando desalentada la gran cantidad de circulitos en rojo. Y de pronto, le dio la vuelta al asunto. En lugar de buscar el o los objetivos que pudieran parecer más importantes, observó el asunto desde otro punto de vista.

—Espere un momento —murmuró—… ¿Hay algo especialmente importante que vaya a tener lugar próximamente en alguno de estos sitios? Algún mitin político, una convención de cualquier profesión, reuniones de alto nivel económico, concentración de tropas en algún acuartelamiento… ¿Hay algo?

—Que yo sepa, no. Bueno…

Brigitte lo miró vivamente.

—¿Sí?

—Hay algo, pero todavía faltan casi dos meses. ¡Madre mía!

—¿Qué es ello, Simón? —Exclamó Brigitte—. ¿De qué se trata?

—Sería espantoso… ¡Espantoso!

—Por el amor de Dios, ¡¿de qué se trata?!

Simón-Barcelona tartamudeó cuando lo dijo.

Y Brigitte Montfort quedó pálida como un cadáver.

* * *

El siguiente informe para la espía internacional llegó a las siete y pico de aquella tarde, por medio de la radio de bolsillo, cuya llamada atendió inmediatamente.

—Sí, adelante.

—Soy Simón-2: Heléne Darcy acaba de adquirir, en la terminal de las líneas aéreas Iberia, un pasaje para Marsella. Sale mañana por la mañana.

—¿Sólo un pasaje?

—Sólo un pasaje.

—Muy bien. Dígale a Simón-Barcelona que llame cuanto antes a Simón-Marsella, para que éste se ponga en contacto con nuestro compañero Leonard Karr. Díganle a Karr el número del teléfono de este apartamento que estoy ocupando, y que me llame.

—Nosotros podemos pasarle directamente el recado a Karr.

—No. Él sólo atenderá mi orden expresa. No aceptaría intermediarios, aunque fuese el presidente de Estados Unidos. Que me llame.

—*Okay*.

Poco después de las ocho Leonard Karr llamó desde Marsella.

—Hola, soy Simón Karr —dijo.

—Simón, ¿reconoce usted mi voz? ¿La identifica plenamente, sin lugar a dudas? Se lo digo, y hablo tanto, para que esté seguro, ya que si no es así me desplazaré expresamente a Marsella para darle la orden.

—Voz identificada, no se preocupe. Suena igual que cuando hablamos hace unos días por teléfono cuando usted llegó a Marsella.

—No hablamos por teléfono entonces, sino por radio —sonrió Brigitte.

—Perfecto. ¿Cuál es la orden?

—Vuelva a su apartamento y atienda el asunto con Heléne normalmente si ella le llama. Espero terminar este asunto antes de eso, pero si me ocurriese algo, ella le llamaría, en la fecha convenida. Usted atiéndala normalmente, como si el trato se fuese a realizar. Pero, mientras tanto, que nuestros compañeros localicen a Dodó, que está en un yate con bandera francesa navegando lentamente hacia Barcelona. El yate se llama *Trident*. Colaboren con Dodó hasta terminar el asunto. Él será de gran utilidad.

—Entiendo. Pero dígame una cosa: todo eso… ¿implica que usted habría muerto?

—O que no estaría en condiciones de seguir en esto.

—Increíble.

—Hay que prevenirlo todo. Hasta la vista, Simón.

—Hasta la vista. Seguro que sí.

* * *

Heléne Darcy, efectivamente, se marchó de Barcelona el día siguiente, a las diez y pico de la mañana, con destino a Marsella.

A las once y unos pocos minutos, una preciosa muchacha de ojos verdes y rubios cabellos pulsaba el timbre de la puerta de la casa número 46 bis de la calle Montnegre. Vestía con discreta elegancia, y llevaba un maletín forrado de raso negro.

Tuvo que insistir por tres veces antes de que la puerta fuese abierta por uno de los dos sujetos que ocupaban la casa, cuyas fotografías, ciertamente, había visto. El hombre la miró interrogante y algo irritado.

—Buenos días, señor —sonrió la rubia, hablando en español—. Soy empleada del ayuntamiento y vengo a…

—No hable tan deprisa —masculló el hombre, en un español muy deficiente—… No la entiendo.

—¿Es usted francés? —exclamó alegremente la rubia.

—Sí, soy francés.

—Ah, *Monsieur*, encantada de poder hablar en francés —dijo en este idioma la muchacha, simpatiquísima—. Espero que usted me entienda bien ahora.

—Ya lo creo —empezó a sonreír el hombre—. Lo habla usted perfectamente.

—¡Es usted muy amable, *Monsieur*! Le decía que trabajo en el ayuntamiento de Barcelona, Departamento de Sanidad. Estamos realizando un examen de la zona para seleccionar los edificios que, reuniendo condiciones de salubridad inferiores a las mínimas exigidas, serán los primeros en ser demolidos. Usted sabe, *Monsieur*, que esta zona va a ser demolida para…

—¿Cuándo? —exclamó el hombre, alarmado—. ¡No sabía eso!

—Oh, bueno, todavía tardará un poco, posiblemente más de un

año, pero estamos ya trabajando en ello.

—Ah, un año —se tranquilizó visiblemente el hombre—. Bien, ¿qué desea usted exactamente?

—Pues examinar el edificio, *Monsieur* —rió la rubia—. Espero no ser demasiado inoportuna, pero es algo que debo hacer, si no hoy, mañana o pasado. Aunque le agradecería tanto que me permitiese hacerlo hoy, *Monsieur*…

—Si de todos modos ha de hacerlo, no veo por qué esperar. Pase.

La «empleada del ayuntamiento» entró en el edificio. Había un oscuro y sórdido zaguán, del cual arrancaba una escalera de gastados escalones. Subieron al primer piso, cuya puerta abrió el hombre tras sacar una llave del bolsillo.

—Pase… ¿Puedo yo ayudarla en algo?

—No, no, *Monsieur*, gracias. Estaré lista en dos minutos.

Efectivamente, dos minutos bastaron a la rubia para examinar el apartamento, dedicando especial atención a la cocina y servicios higiénicos. Tomó algunas notas en un bloc ya en el recibidor, y miró sonriente al sujeto.

—Ha sido usted muy amable, *Monsieur*.

—Supongo que va a subir al otro piso.

—Sí, naturalmente. ¿Sabe usted si hay alguien? Quiero decir, si están en casa.

—Sí, están. La acompañaré. Son amigos míos, también franceses.

—Ah… ¡Qué casualidad!

Subieron. El sujeto llamó, y la puerta se abrió enseguida. Brigitte reconoció por supuesto inmediatamente al otro. De modo que ya tenía a los dos: Charles Ferron y Marcel Mellier. El primero explicó al segundo rápidamente de qué se trataba y que era cuestión de un par de minutos. Con cierta mala gana, Mellier no tuvo más remedio que aceptar. Si en España hacían las cosas así, pues qué remedio.

La rubia entró en el apartamento, idéntico al de abajo. Sólo que allí, en la sala al final del pasillo, de cara a los ventanales que daban al patio, al parecer tomando el sol, había otro hombre del cual la CIA no tenía noticias.

Tenía que ser Keyman.

—¿De veras no molesto, *Monsieur*? —preguntó Baby.

—Haga su trabajo —murmuró Mellier.

Brigitte recorrió el piso, como había hecho abajo. Tampoco allí había nada que remotamente pudiera parecer una emisora, ni depósito de armas, ni planos de Barcelona con anotaciones… Nada. Echó un vistazo también a los servicios higiénicos y a la cocina. Por último, se dirigió a la sala, al fondo.

—Perdón, *Monsieur* —se disculpó, pasando junto al hombre sentado en el sillón, tomando el sol tras el ventanal.

Se asomó por éste, y vio de nuevo el patio. Allí podían instalarse toda una batería de morteros como los que habían encontrado en el yate *Trident*. Ni siquiera hacía falta subir a la azotea, que podía ser vista desde otras. En cambio, nadie de las casas vecinas vería aquel patio, oculto precisamente por el propio edificio a la línea visual desde las otras casas, y por la tapia.

Se volvió hacia el hombre del sillón, y lo miró.

Éste la miró también, fijamente, inescrutable el rostro pálido y demacrado. Quizá tenía cincuenta y tantos años, pero parecía mayor. Era evidente que su salud dejaba mucho que desear. Tenía los ojos oscuros, la boca grande y delgada; todos sus músculos faciales mostraban una flacidez enfermiza…

—¿Ha terminado? —preguntó Mellier.

La rubia le sonrió, se acercó a él como dispuesta a pasar por su lado y marcharse, y, de pronto, sin más, alzó la pierna derecha y hundió el pie fortísimamente en la zona genital de Mellier… Éste lanzó un berrido, saltó en el aire, y cayó de rodillas al suelo, por el que rodó, blanco como la leche.

Ferron lanzó una exclamación, retrocedió esquivando el siguiente golpe de la espía, dirigido a su pecho, y sacó la pistola del bolsillo de atrás. Fue él mismo quien decidió su suerte. Brigitte sacudió la manga izquierda de su chaquetón, la pistolita cayó en la mano derecha, y, cuando el imprudente Ferron todavía estaba empuñando bien su arma, ella disparó.

Plof. La bala acertó a Ferron de lleno en el corazón, y el hombre soltó la pistola y cayó hacia atrás, como un saco, desorbitados los ojos.

Para cuando llegó al suelo, la pistolita estaba ya apuntando al hombre del sillón.

—No se mueva —susurró la espía—. Quédese como está, Keyman.

El hombre parpadeó como si acabase de recibir un mazazo en plena cabeza.

—¿Quién es usted? —murmuró.

Brigitte no contestó. Dejó el maletín a un lado, se arrodilló junto a Mellier, y, sin dejar de mirar a Keyman, puso dos dedos en un lado del cuello del caído. Movió la cabeza, y Keyman interpretó el gesto.

—¿Está muerto?

—Así es —Brigitte se incorporó—. No era mi intención, pero tampoco se ha perdido gran cosa. Y lo mismo digo de Ferron.

—¿Nos conoce usted?

—Sé los nombres que ellos están utilizando aquí, sean o no los auténticos. Pero de usted sólo sé que es Keyman. ¿O no es usted Keyman, el hombre que ha planeado el terror y la muerte para una multitud de ciento veinte mil personas?

Capítulo VIII

—¿Quién es usted? —insistió el hombre del sillón.

—Quizás haya oído hablar de mí: soy Baby, de la CIA.

El desaliento del hombre fue visible y total. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y susurró:

—Se lo dije… Se lo advertí, le dije claramente y varias veces que no se metiera con la CIA, porque podían enviarla a usted. ¡Se lo advertí! Pero cuando estuvo a verme dijo que sólo habían enviado a una viejecita astuta, no a Baby…

—¿De quién está usted hablando?

—De Heléne. Se lo digo porque usted la conoce, naturalmente, usted estaba detrás de la viejecita astuta, ¿no es así?

—Yo soy la viejecita astuta.

—Ah… Bueno, tanto peor. Es decir: ¿qué más da?

—En definitiva: usted es Keyman.

—Sí, ese nombre es el que he utilizado para esto.

—¿Cuál es su nombre verdadero?

—Fernand Dubonnet. ¿Le dice algo?

—No.

Keyman sonrió torciendo la boca hacia un lado.

—Ni siquiera eso… Siempre he sido un desgraciado. ¡Ni siquiera ha oído hablar de mí!

—Oí hablar de usted a Heléne, y a Udo Kroll.

—Otro desgraciado, un traficante de mala muerte… ¿Qué ha sido de él?

—Lo maté.

—Ya. Sí, es lógico.

—Udo Kroll sabía quién era usted, ¿no? Sabía que el nombre de Keyman ocultaba el de Fernand Dubonnet.

—Sí… Heléne se lo mencionó, claro, para que Udo no se negase a negociar con ella lo de los morteros… Porque usted también sabe

lo de los morteros, ¿verdad?

—Sí. Están en mi poder.

—Claro. Lo tiene casi todo resuelto.

—Casi todo, no: todo.

—Tal vez —la miró irónicamente Keyman—. Pero también tal vez se lleve una gran sorpresa cuando alguien la mate.

—¿Quién?

—Permítame que me vaya al otro mundo con la alegría de saber que se llevará usted esa sorpresa. Por lo demás, supongo que lo ha comprendido todo, ya que ha mencionado precisamente la cifra de ciento veinte mil personas.

—Esa parte está resuelta, en efecto. Pero hay algo que todavía espero de usted, Keyman: ¿cuál es esa arma de la que Heléne me habló y que puede causar tantísimo perjuicio a la CIA?

—Adivínelo, ya que tan lista es usted… ¡Nada menos que la agente Baby! ¡Cuánto honor para este pobre y moribundo desdichado!

—¿Moribundo?

—Ah, no sabe eso… Sí, tengo un cáncer de estómago, ya inoperable. Voy a morir pronto, si usted no me mata. Nunca tuve suerte en nada. ¡En nada absolutamente! Y cuando me entero de que estoy llegando al final de mis días, ¿qué hago? En lugar de morir apaciblemente me complico la vida con mi última acción, que debía ser grandiosa, sonada en el mundo entero… ¡El nombre de Fernand Dubonnet, por fin, sería escrito con grandes letras en la historia del terrorismo!

—¿Y eso le causaba placer?

—Un inmenso placer. Pero sabía que no podía salir bien… Quizá lo hubiera conseguido si no hubiésemos incordiado a la CIA. Quizá.

—Keyman: ¿cuál es esa arma?

—Vamos, haga un esfuerzo —rió agudamente Keyman—… ¡Usted tiene que adivinarlo!

—Lo intentaré —dijo secamente Brigitte; tomó una silla y se sentó frente a él—. En primer lugar, no es cierto que ustedes dispongan de un traidor en la directiva de la CIA…

—Oh, sí… ¡Lo tenemos!

—No. Si así fuese, en las falsas listas de colaboradores nuestros, habrían puesto, junto al nombre de Brigitte Bierrenbach Montfort,

el sobrenombre de Baby. Y eso no constaba, ni Heléne lo sabía, ni lo sabe usted. Por eso comprendí que no había ni hay en la directiva de la CIA ningún traidor. Sin embargo, sí deben de disponer de un periodista que firmaría unos artículos en los que se publicarían esas falsas listas. Habría protestas por parte de la CIA y por parte de los reseñados en la lista, pero nadie les creería, seguramente. ¿Consecuencia?: pues que los importantes personajes de toda Europa y de Estados Unidos que sí están trabajando para la CIA, se asustarían muchísimo, y temerían que, en breve, alguien publicase la siguiente lista con sus nombres. Así que, antes de que eso sucediese, ellos se apresurarían a romper toda clase de relaciones con la CIA, y a empezar a maniobrar para cubrirse de la acusación que veían caerles encima. Así pues, la CIA recibiría un golpe tremendo: perdería en toda Europa y en Estados Unidos lo mejor de su espionaje de élite, sus… espías de guante blanco, como diría Heléne. Diplomáticos, secretarios de ministerios, militares de alto rango, estrategas, y toda una serie de informadores especiales introducidos en las altas esferas. Perderíamos los auténticos espías de guante blanco. Sí, Keyman, eso sería un tremendo golpe para la CIA, en efecto. Pero… ¿por qué? ¿Por qué darle ese golpe a la CIA, incluso después de haber cobrado los cien millones?

—Porque odiamos a la CIA con todas nuestras fuerzas… ¡Ha sido la CIA la que siempre ha desbaratado mis mejores planes de terrorismo, y sólo he podido hacer pequeñas porquerías! Por eso, nunca fui contratado para nada importante… ¡Y por eso odiamos a la CIA, y queríamos cien millones de ella, y dejarla sin sus espías de élite en dos continentes!

—Comprendo su odio. Pero ¿de qué habían de servirle a usted cien millones de dólares, si pronto va a morir?

—Eran para una persona que la matará a usted. ¡No lo dude, la matará!

—¿Quién es esa persona?

—¿Cree que voy a decírselo? ¿Cree que voy a morirme sin la satisfacción de saber que usted me seguirá pronto? ¡No sea ilusa!

—Puedo obligarle. Ni siquiera un moribundo puede resistir una tortura como la que yo puedo infligirle.

—No —rió Keyman—… ¡No puede obligarme! Y otra cosa: ¿de modo que usted es Brigitte Montfort, Brigitte Montfort es Baby? ¡No

me diga que no afinamos bien en las listas!

—Pura casualidad. De los demás no acertaron ni uno. Keyman, me repugna hacerlo, pero si usted no me dice quién es esa persona que va a pretender matarme… ¿De qué se ríe? ¿Está loco?

—¡Claro que no! —Siguió riendo agudamente Keyman—. ¿Sabe cuál era el plan? Puesto que yo de todos modos tengo que morir muy pronto, me habría quedado solo en esta casa en el momento de utilizar los morteros… ¡Ziu, ziu, ziu…!, habría ido disparando las granadas. ¡Sin importarme que me vieran, que supieran que salían de esta casa! Y luego, cuando hubiese cometido el mayor acto de terrorismo de la historia, me habría quedado aquí, esperando a la policía. Ah, sí señores, sí, en efecto, he sido yo solito quien lo ha hecho, yo, Fernand Dubonnet, el desgraciado, ¡yo he sido! Y todo el mundo lo sabría: Fernand Dubonnet, el más grande terrorista y criminal de la historia. ¿No habría sido formidable? ¡Yo solito! Y luego, la notoriedad definitiva, para siempre: periódicos, radio, televisión, revistas… ¡El mundo entero pronunciando mi nombre! ¡Yo sería…!

De pronto, Keyman tosió, y enseguida apareció en su boca una espuma verdosa. Durante un instante, Brigitte se desconcertó. Pero el instante fue tan breve que fue como si no hubiera existido. Lanzó una exclamación, y Keyman alzó una mano como para detenerla.

—No se moleste —jadeó—… Ya no tiene tiempo… de conservarme con vida… para torturarme… torturarme y saber… saber quién la… la matará, la mat…

Su cabeza volvió a colgar sobre el pecho. Apareció un poco más de espuma. Y eso fue todo.

* * *

Aquella misma noche, después de cenar fuera de su apartamento y de asistir a una sesión de cine, Heléne Darcy tuvo la gran sorpresa.

Entró en su apartamento en el número 12 de la Rue de Crimée, cerró la puerta, se dirigió a la salita, y encendió la luz. Al instante siguiente lanzó una exclamación de sobresalto, más que de sorpresa, y sus ojos quedaron fijos en la inesperada visitante.

Vestida con señorial elegancia, sentada en uno de los sillones de la salita, la bellísima mujer de grandes ojos azules y espléndida

cabellera negra la contemplaba, con expresión casi amable, sin un parpadeo pese a que había permanecido a oscuras hasta entonces. Sus esbeltas piernas estaban cruzadas. En el suelo, junto al sillón, había un maletín rojo con florecillas azules estampadas.

—Buenas noches, Heléne.

Ésta parpadeó.

—Usted… usted es Brigitte Montfort, la americana que…

—Que usted colocó arbitrariamente en sus listas. Quiero decir, en las listas de Keyman. Aunque, como ve, no tan arbitrariamente: disparando al azar, el autor de las listas dio en un blanco codiciado por todos los servicios de espionaje. Y ahí empezó todo lo malo… para ustedes.

—¿Usted es Baby?

—Admirable reacción mental. En efecto, soy Baby. Y estoy aquí, a cara descubierta, porque todavía podemos entendernos, Heléne. Todavía podemos… ayudarnos la una a la otra.

—¿De qué modo?

—Se lo explicaré del modo más resumido posible, puesto que usted conoce todo el asunto tan bien como yo y por tanto no hace falta que me extienda. Digamos, en primer lugar, que el truco de las listas ya lo he comprendido y solucionado, espero; eso implica que esas falsas listas jamás serán publicadas, ya que no llegarán a las manos de ningún periodista que estuviese dispuesto a aceptar el asunto en busca de la notoriedad y una muy buena cantidad de dinero. Naturalmente, no existe tal traidor en la directiva de la CIA, y, en fin, como consecuencia de lo expuesto hasta ahora, nadie podrá descargar ese tremendo golpe sobre la CIA. ¿Me va entendiendo?

—Sí. ¿Qué más?

—Udo Kroll ha muerto, tenemos prisioneros a algunos de sus hombres, los demás han muerto, y tenemos además el yate con los morteros. Esto significa que Keyman, es decir, Fernand Dubonnet, jamás podrá disparar esas docenas o cientos de granadas. Estuve en Barcelona, Heléne.

—¿Vio a Keyman? —susurró Heléne.

—Por supuesto. La tuvimos a usted localizada en todo momento, y nos llevó hasta él. Tuve que matar a sus dos acompañantes, Charles Ferron y Marcel Mellier.

—¿Y Keyman?

—Se suicidó. Tenía una cápsula de cianuro en la boca, y la trituró. Murió en cuestión de segundos, ante mis ojos. De todos modos, no habría vivido mucho, supongo que usted sabía esto.

—Sí… Sí.

—Y además, su muerte no perjudica en absoluto a la Humanidad. Al contrario. La imagino en conocimiento del plan que tenía en marcha Keyman. Ni más ni menos que quería disparar todas cuantas granadas pudiera, antes de ser detenido, dentro del estadio del Club de Fútbol Barcelona, y justamente el día trece de junio, es decir, el día del partido inaugural de los Campeonatos del Mundo de Fútbol de este año de gracia de mil novecientos ochenta y dos. Ese estadio no está ni a media milla del patio de la casa que usted conoce. Y naturalmente, Keyman tendría sus instrumentos de medición para no desperdiciar ni una sola granada. Telémetros, y otros instrumentos. Espero que esté usted comprendiendo todo, Heléne.

—Sí… Desde luego.

—Ese día del partido inaugural del Mundial 82 habrá en el estadio del Fútbol Club Barcelona ciento veinte mil personas, que son las que caben ahora, tras las obras de ampliación. Además, entre esas personas estará el Rey de España, don Juan Carlos I, y, por supuesto, numerosas personalidades de todas las esferas nacionales e internacionales. Invitados del Rey, presidentes, primeros ministros tal vez… ¡Dios mío! ¿Se imagina, Heléne? Un estadio cerrado, conteniendo ciento veinte mil personas sobre las cuales empiezan a caer granadas explosivas e incendiarias una tras otra, sin parar… ¿Se lo imagina? La gente enloquecería, habría derrumbamientos, se pisotearían unas a otras… Espantoso. Con seguridad no morirían las ciento veinte mil personas, pero sería espantoso absolutamente. Y todo ello… ¿sabe por qué y para qué?

—No… No lo sé.

—¿Keyman no se lo dijo?

—No. No sabía… todo esto, no sabía que… ¡Dios mío!

—Su reacción me dice que todavía puedo ofrecerle a usted una salida a sus apuros. Supongo que no sabía usted bien en qué se había metido. Pero, Heléne, vamos a dejar eso, y… ¿Se encuentra mal?

—Estoy… estoy un poco… No sé… Voy a tomar algo fuerte. ¿Le importa?

—Claro que no. Me interesa estar en buenas relaciones con usted, además.

—¿Por qué? —se sorprendió Heléne, abriendo el mueble-bar.

—Porque Keyman me dijo que alguien que me sorprendería mucho iba a matarme, que yo no podría hacer nada para evitarlo. Pero lo estoy intentando. ¿Sabe usted quién es esa persona? Porque si lo sabe, escuche mi oferta: a cambio del nombre de esa persona, yo le garantizo la entrega de un millón de dólares y mi ayuda incondicional para que la CIA la deje en paz. ¿Sabe usted el nombre de esa persona, Heléne?

Ésta dejó la botella de coñac en el mueble-bar, tomó la copa con la mano izquierda…, y se volvió con una pistola en la mano derecha.

—Sí —sonrió—, sé el nombre de esa persona, señorita Montfort: Heléne Dubonnet. YO.

Brigitte había respingado contenidamente, y ahora miraba la pistola que la apuntaba al pecho desde menos de tres metros de distancia. Alzó la mirada hacia los ojos de Heléne.

—De modo que es usted… ¡Qué estúpida he sido!

—Bastante, teniendo en cuenta quién es —sonrió Heléne—… Muy estúpida, señorita Montfort. Tanto, que no supo comprender que Keyman era mi padre. ¡En realidad, no ha comprendido nada de nada!

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—En ese caso —susurró—, explíquemelo usted.

—¿Por qué no? Todo cuanto usted ha dicho es cierto, es como tan bien ha explicado. Pero en todo momento ha omitido un detalle: que yo soy quien pensó todo el plan y lo puso en marcha. Quería tres cosas. Una, complacer a mi padre, que su nombre dejase de ser el de un terrorista de baja estofa. Dos, vengarle del mucho perjuicio que en tantas ocasiones le causó la CIA, a la que odio con todas mis fuerzas. Tres, birlarles cien millones de dólares, cambiar de personalidad y de rostro, y pasarme el resto de mi vida viviendo como una reina y riéndome de todos ustedes y gozando del triunfo final de mi padre. ¡Yo! ¡Yo fui quien lo planeó todo! Y, en fin, señorita Montfort, Baby de la CIA, ya ve que mi padre tuvo razón:

va usted a morir. ¡Y ahora!

Heléne acabó de extender el brazo y apretó el gatillo.

Brigitte Montfort ni siquiera parpadeó.

Clic, sonó el chasquido metálico en la pistola de Heléne, sin que se produjera disparo alguno. Heléne miró la pistola, lanzó una exclamación, y volvió a disparar.

Clic, sonó el arma, de nuevo sin que se produjera el disparo.

Clic, clic, clic, clic…, continuó intentando obtener un disparo Heléne. Por fin, lívida, se quedó mirando a Brigitte, que la estaba mirando con una frialdad de muerte.

La verdad tenía que llegar, forzosamente, a la mente de Heléne.

Baby había encontrado antes la pistola, y, simplemente, le había quitado las balas.

Le había tendido una trampa, era así de simple.

Se quedó inmóvil, mirando a la espía internacional.

Ésta recogió su maletín, se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta de la salita. Allí, se volvió, sacó del escote la pistolita de cachas de madreperla, y apuntó al corazón del monstruo.

El monstruo alzó la barbilla, y sostuvo la mirada de la espía más implacable del mundo.

Plof, chascó la pistolita de Brigitte.

La bala partió.

Este es el final

Abajo, en la calle, los agentes de la CIA que esperaban vieron salir a la señorita Montfort del edificio número 12 de la Reé de Crimée. Ella les miró, hizo un gesto con la cabeza, y ellos comprendieron. Ahora, como habían hecho los de Barcelona, los de Niza, los del yate, todos, debían terminar el asunto, dejar las cosas como si nada hubiera sucedido.

Así era siempre.

Ella pasaba, arreglaba las cosas, y se iba.

Un poco más allá, Brigitte se metió en el coche a cuyo volante esperaba Dodó.

—¿La ha matado? —preguntó éste.

—Naturalmente.

—Naturalmente. Mire, no quiero privar a sus Simones del placer de llevarla ellos mismos al aeropuerto, o adonde sea que usted quiera ir, así que…

—Todavía no me voy, Dodó. Y ellos lo saben.

—Ah. Bueno, pues… usted dirá a donde quiere que la lleve.

—A dar un paseo en coche. Me gustaría conversar un rato con usted. Un buen rato… ¿Por qué mira la hora? ¿Tiene prisa?

—No, no. Pero… Bueno, suelo llamar cada día a una persona muy amada, para decirle que estoy bien, y hoy, esperando aquí, no lo he hecho. Claro que si no puedo…

—No sea absurdo. Llame a esa persona desde cualquier teléfono. Le espero aquí, dentro del coche.

—Sí, bien… Hay una cabina muy cerca. Vuelvo enseguida. Es que siempre que trabajo ella se preocupa mucho, y…

—Dios bendito: ¿me está pidiendo disculpas por amar a una persona? ¡Vaya a telefonear!

—Vuelvo enseguida.

Dodó volvió cinco minutos más tarde, se sentó junto a Brigitte

Montfort, y dijo:

—Bien, ahora podemos hablar todo el tiempo que quiera… ¿Cuál es el tema?

—Usted —sonrió Baby—… Quiero saber qué pasó, qué es eso del pájaro repugnante. Y no me venga con evasivas, Dodó. Quiero saberlo, eso es todo.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura *Un terremoto llamado Baby*. < <